

# ¡FLOR DE UN DÍA!

DRAMA ORIGINAL

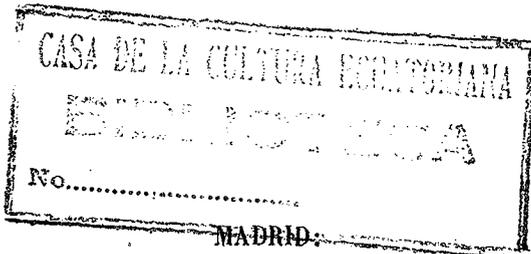
EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,

POR

**DON FRANCISCO CAMPRDON**

Representado por primera vez en el Teatro Español en Febrero  
de 1851.

DÉCIMASEXTA EDICION.



IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, CISNE, 40.

1876.



*La propiedad de este drama, la del de*

Espinas de una flor. Una ráfaga.  
Libertinaje y pasión. Asirse de un cabello.

*y la del libreto de las zarzuelas.*

El Dominó azul.	Un pleito.
Los diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	Un Cochero.
Guerra á muerte.	¡ Quien manda manda !!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diablo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una vieja.	Los suicidas.
Una niña.	Marina.
La Jardinera.	Galatea.
Por conquista.	El pan de la boda.

*pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

---

---

## PROLOGO.

---

El teatro representa una sala en casa del Barón de Espinosa.—  
Puerta en el centro que comunica con el exterior.—El Barón  
estará sentado en un sillón apoyado en su bastón: Lola  
copiando un paisaje en una mesa de estudio, que vendrá ter-  
ciada á la derecha del espectador.

## ESCENA PRIMERA.

EL BARÓN Y LOLA.

LOLA. Bello país debe ser  
el de América, papá.

BARÓN. ¿Te gustaria ir allá?

LOLA. Tendria mucho placer;  
No me canso de admirar  
estos árboles gigantes,  
que parecen arrogantes,  
las nubes desafiar.  
¿Aquí no los hay, verdad,  
de estos inmensos tamaños?

BARÓN. Estos cuentan tantos años

como la tierra de edad.  
Arboles plantados son  
por la mano de Dios mismo,  
y páginas del bautismo  
guardan de la creacion.  
En mi juventud vi yo  
aquellos bosques cubiertos,  
en cuyos senos desiertos  
jamás el sol penetró;  
donde los humildes tilos  
con los sechivos se enlazan,  
y en sus cóncavos se cazan  
panteras y cocodrilos.

LOLA. ¡Ay que miedo! y te atrevas...

BARON. ¿A qué, á cazar? No, hija, no,  
jamás antojo me dió  
de ir á tales cacerías;  
es cosa muy indiscreta,  
y en esa caza atrevida  
cuesta al cazador la vida  
la falta de su escopeta.  
El que tenia locura  
era el padre de don Diego;  
¡oh! cuando él hacia fuego  
era cabeza segura.  
No; y á corazon entero  
el hijo no le va en zaga,  
y que él te quiere me halaga,  
porque es todo un caballero.  
A galante y generoso  
Nadie le gana: de fijo  
será para mi un buen hijo  
y para tí un buen esposo.  
¿Verdad que le querrás mucho?

LOLA. ¿No lo dice, padre mio,  
el amante desvario  
con que extasiada le escucho?  
Hallo en su voz cierto son  
de ternura y sentimiento,  
que hace vibrar con su acento  
las fibras del corazon.  
Su presencia me domina

y me miro extasiada  
en su fogosa mirada  
que me absorbe y me fascina;  
y al oírle enamorado,  
me dice, padre, mi anhelo,  
que hay en este mundo un cielo  
cuando le tengo á mi lado.

BARON. Es natural, hija mia,  
es tu primera impresion:  
quiera Dios que esta ilusion  
te dure hasta el postrer dia:  
y en sueño tan seductor  
nunca el mundo te despierte,  
y halles, hermosa, en tu mente  
una lágrima de amor.  
¡Qué cosa tan deliciosa  
fuera, Lola, la existencia  
Si durara la vehemencia  
de esa pasion tan hermosa!  
Mas ya que Dios no lo quiso,  
bendigamos su cuidado,  
pues dejóle al desterrado  
una hoja del paraíso.

LOLA. ¿Crees pueda apagarse  
esta pasion algun dia?

BARON. Puede muy bien, hija mia,  
sino extinguirse, olvidarse.  
¿Has visto la tempestad  
tronchar robles en el monte  
y cubrir al horizonte  
con su densa oscuridad;  
y las aguas del torrente  
inundando la llanura,  
y al otro dia fulgura  
la luz de un sol refulgente?  
En el perdido sembrado  
se siembra el año que viene,  
y todo en el mundo tiene  
su declive prefijado:  
mas si de un amor feliz  
el recuerdo nos aqueja;  
aunque se olvida, nos deja

siempre alguna cicatriz,  
y cuando tras largos años  
en ella el dedo se esconde,  
esa cicatriz responde  
con sentimientos extraños,  
Se siente un algo perdido;  
un algo que ya no se halla,  
y es el alma que batalla  
entre recuerdos y olvidos;  
y aquel recuerdo sagrado  
es la lámpara escondida  
que ilumina el alma herida  
con la luz de un bien pasado.  
Si de ese amor, que es tu bien,  
sabes guardar la ilusion,  
en tu propio corazon  
hallarás, Lola, un eden.  
Mas si esa ilusion se trunca,  
busca en el olvido calma,  
porque las flores del alma  
si se van no vuelven nunca.

LOLA. Hoy que me ves tan dichosa,  
¿porqué me afliges, papá?  
¿Crees que no durará  
esta ilusion tan hermosa?

BARON. Hoy que eres feliz, querida,  
aunque á tu gusto no cuadre,  
debe enseñarte tu padre  
los abrojos de la vida.  
Y yo que ya me encamino  
de mi existencia al ocaso,  
quiero enseñarte el mal paso  
que hay quizás en tu camino.  
Si tu corazon es fiel  
de Diego el amor profundo,  
ámale, Lola, y en el mundo  
concéntralo siempre en él. (Levantándose.)  
Hay algunas almas bellas  
que quieren una vez sola:  
no lo olvides nunca, Lola,  
la de Diego es una de ellas.  
(Vase el Baron por la puerta interior.)

## ESCENA II.

LOLA.

¿Por qué se ha de apagar? ¿Acaso el cielo  
ha arrojado la flor de los amores,  
como un triste presagio de congoja  
y amargo desconsuelo,  
para verla morir, hoja tras hoja,  
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?  
Este latir del corazón amante,  
que dilata su fibra estremecida,  
¿no dice, palpitante,  
que es este amor el fuego de la vida?  
El sol del firmamento,  
cuando inunda de luz el alma mía,  
¿no dice, acaso, con brillante acento  
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

## ESCENA III.

LOLA Y JUANA.

JUANA. (Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.)  
Señorita.

LOLA. ¿Que hay?

JUANA. El negro  
que es de don Diego el criado,  
estos dibujos me ha dado

LOLA. (Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.)  
¿Está aun aquí?

JUANA. Sí.

LOLA. Me alegre,  
quiere tanto á su señor...

JUANA. Y en estando enamorada  
nada satisface... nada..

LOLA. Como hablar de nuestro amor.  
Juana ¿no te alegras tú  
de que Diego me ame así?

JUANA. Mas que si me diera á mí

todo el oro del Perú.  
Al mirar la dicha escrita  
en esos ojos bellos,  
¿quereis que no goce en ellos  
quien os crió, señorita?

LOLA. Por eso te lo pregunto,  
porque con tu mimo cuento.  
Haz que entre Juan al momento.

JUANA. Voy, señora, voy al punto.

## ESCENA IV.

JUAN Y LOLA.

JUAN. Buenos días, señorita.

LOLA. Adios, Juan: ¿y mi Diego?

JUAN. Me ha dicho que vendrá luego  
á ponerse á vuestros piés.

LOLA. En lo galante y cumplido  
con que traes el recado,  
pronto conocer es da lo  
el amo tuyo quien es.

JUAN. Mi amo, señora, es un angel  
con toda el alma de un bravo.

LOLA. Dime, Juan, eres su esclavo?

JUAN. No los tiene mi señor;  
pero por él sin pensarlo  
hasta la vida daría:  
le quiero por su hidalguía,  
le adoro por su valor.

LOLA. ¿Hace mucho que le sirvos?

JUAN. Si mi memoria no miente,  
cuatro años precisamente  
cumplen en el día de hoy.

LOLA. ¿Quieres contarme tu historia?

JUAN. Si me lo mandais, señora.

LOLA. No mando, suplico ahora.

JUAN. Pues á complaceros voy.  
El color de mi cara  
os dará á conocer, que fué, señora,  
el blanco sol de África mi cuna,  
y del desierto en la tostada arena

me arrojó la fortuna,  
por suerte, del esclavo la cadena.  
Un hijo que tenia  
de diez años de edad, tambien esclavo  
mi destino seguia,  
y atravesando el férvido Oceano,  
vendióse nuestra sangre y nuestra vida  
à la sorda avidez de un castellano.  
De la América ardiente  
rociamos las fertiles llanuras  
con el servil sudor de nuestra frente;  
y trabajando allí con esperanza,  
del látigo al crujido  
sólo soñaba el alma en la venganza  
digna del hombre de color vendido.  
Un dia en el trabajo,  
corriendo tras ligera mariposa  
alegre el hijo mio, se distrajo,  
y un blanco capataz, con saña fiera,  
le cruzó con el látigo la cara :  
mi corazon se altera  
al recordar la sangre que brotara ;  
tiré con mano ruda  
el hacha con tal ira à su cabeza,  
que si le acierto à dar, salta, sin duda,  
como en manos de un niño su cereza.  
Frustróse mi venganza,  
y huyendo del castigo y la tortura,  
cogi à mi herido hijo,  
y vagando sin tino,  
eché à correr del monte la espesura,  
sin mas guia que Dios en mi camino.  
De cansancio rendido,  
corrí la noche entera,  
sin escuchar, señora, mas ruido  
que el salvaje rugir de la pantera ;  
y en cuanto amanecia  
mas el rugido aquel se aproximaba ;  
mi pecho de terror se estremecia ;  
la sangre al escucharlo se me helaba,  
y comprendí, por desgracia mia,  
que la fiera mis pasos rastrea.

Sin armas yo para luchar con ella  
y abrumado del peso de mi hijo,  
pensé rendirme á mi maldita estrella,  
y tras mi infausta suerte  
terminar mis angustias con la muerte.  
Sentíala moverse en el follaje,  
cuando escuché á mi espalda un caballero  
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero  
»la hermosa piel de ese animal salvaje.»  
Midiendo la distancia con arrojo,  
le extiende el arcabuz con faz serena:  
el tiro entonces suena,  
y le metió la bala por un ojo.  
«Negro, dijo tirándome el cuchillo,  
»que la desuelles por favor te pido.»  
Y obedecí su voz como un chiquillo.  
porque el jóven aquel...

LOLA.  
JUAN.

(Atajándole.) Era mi Diego.  
Era don Diego, sí: solo en su labio  
hay sonrisa á la vista de una fiera,  
y el solo tiene la certera mano  
que ni el peligro ni el temor altera;  
y volviéndose á mí noble y humano,  
«¿cómo sin armas, dijo,  
»te atreves á pisar estos lugares,  
»exponiéndote, necio, á la tortura  
«de ver que un tigre te devora un hijo?»  
Dile yo á conocer mi desventura;  
y al escuchar mi dolorosa historia,  
mas de una vez en su morena cara  
asomaron los tintes de su ira,  
y en vano se esforzara  
para borrar con su nervuda mano  
de dolor una lágrima sencilla,  
que despuntando entre sus negros ojos  
pugnaba por saltar á su mejilla.  
«Ven, infeliz, me dijo,  
»yo compraré tu sangre al europeo;  
»de padre serviré á tu pobre hijo,  
»si al Africa volver no es tu deseo;  
»mas si pisar prefieres  
»las arenas del Africa tostada

»la suerte ya dejó de ser contraria ;  
»puedes marchar si allí tienes tu amada,  
»y alzar en el desierto tu plegaria.»

Entre rios de llanto  
yo besé aquella mano bienhechora,  
y perdonad á mi cariño santo  
si lloro aun al recordarlo ahora.  
Desde entonces resbala mi existencia  
sobre su sola huella,  
y miro siempre en él mi providencia,  
como el marino á la polar estrella :  
y adivino la idea de su mente  
en su mirada vaga,  
porque la deuda que mi pecho siente  
solo, señora, el corazon la paga.

LOLA. (Enternecida.)  
Amale como le ama el alma mia :  
sé su ángel tutelar.

JUAN. Sed vos, señora,  
si conoceis la ciega idolatría  
con que don Diego vuestro nombre adora.  
(Juan saluda y váse).

## ESCENA V.

LOLA.

¡Ayl cual de santa emocion  
dulce llanto me enagena,  
y cuál hinche mi ilusion  
su celeste corazon  
que mi recuerdo no llena!  
No oscurezca el mundo vano  
el porvenir sobre humano  
que ante mis ojos diviso,  
cuando al guiarme su mano  
es la vida un paraíso.  
No caben llanto ni penas  
junto á su alma bendecida,  
porque, de caricias llenas,  
veremos volar serenas  
las horas de nuestra vida ;

y si heridas de quebranto  
abren el dolor los tiros,  
amparada de su encanto,  
mientras beba yo su llanto  
vivirá de mis suspiros.  
(Se oye llamar á la puerta)

## ESCENA VI.

LOLA y JUANA.

LOLA. ¿Es él Juana?  
JUANA. Un caballero  
que viene á ver al Baron.  
LOLA. ¿No ha dicho su condicion?  
JUANA. Si, es el Marqués de Montero;  
diz que trae una visita.  
LOLA. Dile que pase adelante:  
avisa á papá al instante.  
(Juana hace lo que acaba de mandar).

## ESCENA VII.

EL MARQUÉS, LOLA y luego el BARON.

MARQ. Bésoos los piés, señorita;  
¿sois vos, por mi buena estrella,  
la hija del señor Baron?  
(Lola contesta afirmativamente).  
A fe mia, con razon  
dijeron que erais muy bella.  
LOLA. Sois muy amable y cortés.  
MARQ. A lisonjas no achaqueis  
justicias que mereceis.  
LOLA. Os doy mil gracias, Marqués.  
MARQ. (El Marqués saluda al Baron, que entra).  
Señor Baron...  
(El Baron alargándole la mano).  
BARON. Caballero...  
Recibo merced no escasa  
por ver honrada mi casa  
por el Marqués de Montero.

(Lo hace señal de que se sienta, y se sientan.)

- MARQ. Me haceis sobrado favor:  
vuestra hermana en Santander  
me encargó os viniera á ver,  
y cumplo con este honor.
- LOLA. ¿Me retiro padre mio?
- MARQ. Mera visita es la mia,  
y en el alma sentiria  
dejarais este vacío;  
tanto mas, cuanto doña Ana,  
que os quiere mucho, por Dios,  
me hablaba siempre de vos,
- LOLA. Mi buena tia!
- BARON. Mi hermana.
- MARQ. La ilustre dama declina  
de salud por momentos,  
y parte sus pensamientos  
entre vos y su sobrina;  
y á fè mia es un modelo  
de elegante sociedad,  
y yo debo á su amistad  
muchas horas de consuelo.
- BARON. Se ha hablado de vos, Marqués,  
durante la guerra toda.
- MARQ. Sí, Baron, seguí la moda  
de acuchillar al francés.
- BARON. De militar bravo y ducho  
fama alcanzó vuestro brazo.
- MARQ. Para dar un buen sablazo  
no se necesita mucho.
- BARON. ¿Y seguis la profesion?
- MARQ. Á brigadier ascendí  
y al rey mi cuartel pedí;  
no luché por ambicion.
- BARON. Nombre hubisteis de esforzado  
y de singular valor.
- MARQ. Ciertas heridas de amor  
me hicieron desesperado;  
además, no peleaba  
para defender mi tierra;  
buscaba algo, y en la guerra  
no encontré lo que buscaba.

LOLA. ¿Tan joven y el desengaño  
marchitó ya vuestra vida?

MARQ. ¿Qué remedio? es una herida  
que al tocarla me hace daño.

LOLA. ¿Fue amor no correspondido?

MARQ. Señorita, eso no mata.

LOLA. ¿Amasteis á una alma ingrata?

MARQ. Y fui vilmente vendido.  
Cuando se concentra el ser,  
el alma y el sentimiento  
en el virginal aliento  
de una adorada mujer,  
y uno da su paz, su calma,  
por una esperanza sola,  
cuando esta se pierde, Lola,  
¿sabeis que queda en el alma?  
Fieros celos que arrebatan,  
desconfianzas que mugen,  
latidos secos que rugen,  
cenizas frias que matan.

LOLA. Os compadezco, á fe mia.

MARQ. Estos, señorita, son  
misterios del corazon  
que no entendeis todavía.  
Busqué tumba en la pelea,  
y me convencí, señora,  
que ni tumba bienhechora  
encuentra quien la desea.

LOLA. ¿Tan agudo era el dolor  
que os impelia á morir?

MARQ. Comprenderiais mi sufrir  
si comprendieseis mi amor.

BARON. El tiempo y la distraccion  
os devolverán la calma.

MARQ. La virginidad del alma,  
¿quién la devuelve, Baron?  
Suponiendo que el olvido  
borrase ese afan profundo,  
puede devolverme el mundo  
las creencias que he perdido?

BARON. Marqués, no debeis decir  
de este agua no he de beber;

- sólo Dios alcanza á ver  
lo que hay en el porvenir.
- MARQ. Bendita esta voz que augura  
un bien que tanto consuela.
- LOLA. Marqués, hay un Dios que vela  
por las almas sin ventura.
- MARQ. (Ap.) ¿Por qué á la hora de amar  
no conocí á esta mujer?
- LOLA. (Ap.) No se que amargo poder  
hay en su modo de hablar.
- MARQ. (Levantándose.)  
Mas por Dios que abusar temo  
de vuestra condescendencia.
- BARON. Al revés, vuestra presencia  
nos favorece en extremo;  
y mi casa y mi amistad  
siempre franco os brindaré.
- MARQ. Y yo á gozar volveré  
de tan buena sociedad.  
Adios.  
(Alarga una mano al Baron: y volviéndose á Lola.)  
Os beso los piés...  
(Ap.) Es linda como una estrella. (Vase.)

## ESCENA VIII.

LOLA y el BARON.

- BARON. ¡Que alma tan bella y franca  
tiene ese jóven Marqués!
- LOLA. ¿Crees que olvidar podrá  
despues de querer así?  
Eso no es posible.
- BARON. Si,  
de fijo que olvidará:  
el alma que resplandece  
en su fogosa mirada,  
no es el alma concentrada  
que siente, calla y padece.  
Expansiva en sus pasiones  
ha amado con calentura;

no es ese el amor que augura  
una vida de emociones;  
pues cuando por suerte aciaga  
esa fiebre nos desvela,  
es cual la luz de una vela  
que alumbra un rato y se apaga.

### ESCENA IX.

DICHOS y D. DIEGO, desde la puerta.

DIEGO. Si dais permiso...

BARON. Adelante.

hijo de mi corazón.

LOLA. Diego, ¿que es esa aflicción  
que se nota en tu semblante?

DIEGO. Auroras infortunadas  
que á nublar vienen la vida:  
voz que reclama, querida,  
pago de deudas sagradas.

BARON. Diego, ¿que quereis decir?

DIEGO. (Sacando una carta y entregándosela.)  
Tomad y leed, Baron.

BARON. ¿Por qué esa agitacion?

DIEGO. Porque es forzoso partir.

LOLA. ¿Partir tú? no, Diego no.

DIEGO. (Ap.) ¡Qué desgarradora lucha:  
Va á leer tu padre, escucha,  
y despues hablaré yo.

LOLA. No: Diego, no, esa partida  
viniera á verter cruel  
la primera gota de hiel  
en el vaso de mi vida.

BARON. (Mirando la carta.)  
De tu padre me parece.

DIEGO. Que sigais leyendo espero.

BARON. «Buenos Aires, seis de enero  
de mil ochocientos trece.  
Diego mio, de tu mano  
necesita el viejo, ven:

porque há menester sostea  
la cabeza del anciano;  
pierde mi frente su brío  
y hácia la tierra declina,  
y cuando el árbol se inclina  
pronto caerá, hijo mio.  
Con el alma enajenada,  
tus amores bendiciendo,  
tiempo al cielo y voy pidiendo  
para abrazar á tu amada.  
Sé que es muy digna de ti,  
y cuando esposo te llame,  
rogaré al cielo qué te ame  
cual me amó tu madre á mí.  
Tu larga ausencia sintiendo,  
voy este valle dejando,  
en que el hombre entra llorando  
y el bueno parte sonriendo.  
Si mi voz no es importuna,  
porque un viejo es como un niño,  
te reclamo aquel cariño  
que yo te daba en la cuna.»  
Un instante, Lola, exijo  
á solas con Diego hablar. (Váase Lola.)

## ESCENA X.

El BARON y D. DIEGO.

BARON. ¿Qué piensas hacer?

DIEGO. Marchar

á cumplir como buen hijo,  
y antes de Lola la mano  
que me concedais os ruego.

BARON. Si tu te la llevas, Diego,  
¿que le quedará á este anciano?  
yo no creí que querrias,  
cuando te he querido tanto,  
privar que caiga su llanto  
sobre mis postreros dias.  
Conozco tu amor profundo,

y de ese amor no me quejo,  
pero no querrás que un viejo  
se quede solo en el mundo.

DIEGO. ¿Qué queréis decir, Baron?

BARON. Por los años encorvado,  
el morir á vuestro lado  
fuera toda mi ambicion.  
Á no ser tan viejo, iria  
con vosotros al momento  
á exalar mi último aliento  
lejos de la patria mia;  
mas si me quitas ahora  
á mi Lola, yo te fio  
que ya no veré, hijo mio  
despuntar la nueva aurora!  
Un sacrificio te exijo  
que el hacerlo está en tu mano;  
se que no te ruego en vano,  
porque tú eres un buen hijo.  
Ve á cumplir con tu deber;  
suspende contraer el lazo,  
y á tu vuelta vence el plazo.  
Lola será tu mujer.

DIEGO. ¿No sabeis vos que á su lado  
solo hallo vida y consuelo,  
y sin ella hasta en el cielo  
me hallaria desterrado,  
y exijir de mi pasion  
que me deje aquí la vida?

BARON. (Llorando.) ¡Hija del alma querida!

DIEGO. (Conmovido.) Partiré solo: Baron.

BARON. Y al cruzar el Océano,  
cuando el aura al buque impeia,  
flotará sobre tu vela  
la bendicion de un anciano.

DIEGO. ¿Quereis á Lola llamar?  
(Ap.) Triste presagio me asalta:  
siento que el valor me falta,  
y no quisiera llorar.

## ESCENA XI.

DICHOS Y LOLA.

- DIEGO. Lola, un sagrado deber  
me obliga crudo á partir;  
yo no podria vivir  
si te llegase á perder.  
Por tí mi pecho sintió  
un amor grande y profundo,  
y nadie... nadie en el mundo  
te amará cual te amo yo.  
Mientras la fortuna esquivava  
me tenga lejos de tí,  
¿me olvidarás, Lola?
- LOLA. (Señalando al corazon.) Aquí,  
Vivirás mientras yo viva.
- DIEGO. Tengo un pensamiento que me abruma;  
quizá al cruzar el agua, en lontananza  
envuelva el mar en sábana de espuma  
el rico porvenir de mi esperanza.  
Todo el amor, todo el poder del hombre,  
si un buque entre las olas se derrumba,  
no bastan ¡ay! para escribir su nombre  
sobre el cristal inmenso de su tumba.  
Si oyes contar de un naufrago la historia  
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,  
¿encontrará un sepulcro mi memoria?
- LOLA. Aquí la guardaré toda mi vida.
- DIEGO. Mi pobre corazon se hace pedazos  
al dejar tus encantos seductores.
- LOLA. No temas, no; te volverá á mis brazos  
el ángel tutelar de mis amores.  
¿Guardarás esta rosa delicada,  
(Quitándose la de su pelo.)  
para tí de mis sienes desprendida?
- DIEGO. Viniendo de las trenzas de mi amada,  
cada hoja de esta flor vale una vida.
- LOLA. Acuérdate de mí; tenla contigo  
para que en ella mis amores leas.

y sea el cielo de mi amor testigo.

DIEGO. ¡Adios, Baron!

BARON. (Abrazándole enternecido.) Adios.

DIEGO. (Cogiendo la mano de Lola y besándola.)

¡Bendita seas!

FIN DEL PRÓLOGO.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala de tocador de la marquesa de Montero, que estará acabándose de vestir para un baile. Puerta en el centro, que comunica con el salón, que aparecerá iluminado, y á la derecha del espectador puerta que comunica con el interior de la casa. Mesas de juego.

### ESCENA PRIMERA.

JUANA Y LOLA.

- JUANA. ¡Qué bien, señora, en vuestra negra trenza destacan esas rosas su blancura!  
No hay una hermosa que en belleza os venza
- LOLA. No me halaga ya mucho la hermosura.
- JUANA. Rica, marquesa, hermosa y respetada,  
¿qué más fortuna vuestro pecho anhela?
- LOLA. Juana, arrancar del alma angustiada  
una memoria que mi frente vela.
- JUANA. ¿Pues no quisisteis vos de vuestro grado  
que os llamaran marquesa de Montero?
- LOLA. Misterios son que nunca he divulgado,

y hoy al tocarlos de tristeza muero.

JUANA. ¿Con que es cierto el refran que á muertos  
[y á idos?...

LOLA. No toques esa cuerda, Juana mia,  
porque hace el mismo efecto en mis oidos  
que el toque funeral de mi agonía

JUANA. Don Diego, acaso, á vuestra fe perjuro...

LOLA. Que me hubiese olvidado á Dios pluguiera.

JUANA. ¿Habeis sabido de él?

LOLA. Nunca; y te juro  
que quisiera morir sin que supiera.  
Supuesto, Juana, que á tu fiel ternura  
tanto interesa mi profunda herida,  
yo te haré conocer la desventura  
que envenena las horas de mi vida.  
Tres años hace que á su patrio suelo  
se fué D. Diego, y por desgracia mia  
á las pocas semanas quiso el cielo  
arrebatar mi padre y mi alegría.  
Poco ántes de espirar quiso que sola  
estuviese un momento en su presencia,  
y con voz paternal me dijo: «Lola,  
»ya no tendrás mas juez que tu conciencia;  
»quedas sin padre hasta que vuelva Diego:  
»vé á Santander al lado de mi hermana,  
»guarda sin mancha el nombre que te entrego  
»y sé el sosten de aquella noble anciana;  
»y aparte Dios de tus postreras horas  
»de los remordimientos la tortura;  
»y cual hoy, hija, de tristeza lloras,  
»lloren tus hijos con filial ternura.»  
Murió el anciano, y con cariño santo  
corrí á regar la tumba que le encierra;  
y al encontrarme sola con mi llanto  
ancho desierto pareció la tierra.  
aquella temporada solamente  
frecuentaba mi casa un caballero;  
los que sufren se entienden facilmente,  
y él sufría tambien, era Montero.  
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda,  
trayéndonos aquí en su compañía,  
y aunque su lengua para mí fué muda,

honda tristeza en su mirada habia.  
De mi tia Ana me dejó en los brazos,  
y aquí declina de mi vida el sino:  
me volvieron al mundo nuevos lazos,  
nuevos placeres me brindó el destino.  
Yo que hasta entonces sólo conociera  
de Diego y de mi padre la ternura,  
entré en la sociedad por vez primera  
y todos celebraron mi hermosura.  
En la mujer hay un placer oculto  
de solazarse en la pasion que inspira;  
y cien galanes con ferviente culto  
me contaban de amor dulce mentira.  
De mi padre la voz ya no sonaba  
más que como eco de infantil conseja,  
y de mi débil mente se alejaba  
cual vela henchida que del mar se aleja;  
y del salon en el bullicio loco  
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas;  
y se extingió en el alma poco á poco  
como un eco perdido en las montañas.  
Del amor las primeras impresiones  
tenian de ternura inmenso acopio;  
sentí nacer despues otras pasiones,  
y sobre todas una: el amor propio:  
esa pasion que es, cuando se despliega,  
tronco y raíz del corazon humano;  
que á lo pasado nuestra vista ciega  
con el incienso del amor mundano;  
que halaga con sonido delicioso  
cual de un laud la suave melodia,  
interpuso un celaje vaporoso  
que mis recuerdos de espesor cubria.  
Verme amada y oir el lisonjero  
acento de pasion que yo inspiraba,  
de orgullo henchido el corazon entero  
con los constantes triunfos que alcanzaba,  
este era mi gozar, y sólo un hombre  
se mostraba insensible á mi atractivo;  
era el Marqués, y el lustre de su nombre  
punzaba mi amor propio en lo más vivo.  
Montero no era ya aquella alma herida

que buscaba una tumba en la batalla:  
sediento entonces de placer y vida,  
no conocia á sus antojos valla;  
audaz sin pretension, gallardo y fiero;  
galante, apuesto, espléndido y lujoso,  
me parecia el solo caballero  
digno de mi para llamarle esposo.  
Algun genio fatal se complacia  
en dar cumplida rienda á mis deseos:  
conquista mia fué, y en breve ardia  
para los dos la antorcha de himeneo.

JUANA. ¿No sois feliz con él?

LOLA.

No, Juana mia;  
marchita ya de la ilusion las flores,  
veo por mi desgracia; que aquel dia  
mi orgullo equivoqué con mis amores.  
Y él tampoco lo es; quizá el recelo  
de haberse visto en su pasion vendido  
quizás lo poco que á su amante anhelo  
costó verse de mi correspondido;  
ello es que es triste su mirada altiva,  
y en nuestra fria aparente calma  
encuentra á su pesar el alma esquiva  
que faltaba en ambos el amor del alma.  
Y cuando á quedar viene en nuestro pecho.  
un sentimiento indiferente y frio,  
y en la tristeza y soledad deshecho,  
inerte late el corazon vacio;  
cuando sin esperanza de fortuna  
lo porvenir se encierra encapotado,  
al través de una lágrima importuna  
se vuelve la mirada á lo pasado.  
Y el aura de la tarde á mis oidos  
trae voces perdidas á lo lejos,  
viniendo á mi memoria mal dormidos  
los del primer amor tibios reflejos;  
de una flor los recuerda el dulce aroma,  
los despierta del clave una armonía,  
la blanca luna que en el cielo asoma  
final hermoso de ilusion un dia,  
y de la tierna edad de mi inocencia  
viene en trémulo rayo desprendido

- á alumbrar lejos de mi existencia  
el panoroma de un eden perdido.
- JUANA. Procurad disipar esa tristeza;  
distracciones buscad por cualquier medio:  
ahora que casi vuestra vida empieza,  
¿no habeis de hallar en vuestro mal remedio?  
Fragilidad fué en voz el olvidarle;  
mas ¿quién sabe tambien si os ha olvidado?  
Bastante tiempo es ya para esperarle  
los tres años de ausencia que han pasado.
- LOLA. Tú no conoces á aquel hombre, Juana:  
embriagado en el nectar de la vida,  
olvidó la mujer frívola y vana;  
pero aquella alma colosal no olvida.  
Yo siento aquí una voz que me asegura  
que su huella va en pos de mi destino,  
y para mi expiacion y mi tortura  
Dios le pondrá en mitad de mi camino.  
Él vive, sí, no sé en lo que me fundo,  
mas cual suenan los pasos sobre un hueco,  
cada pisada suya por el mundo  
dentro de mi corazon levanta un eco.
- JUANA. Hoy que el Marqués en baile suntuoso  
celebrar quiere vuestro fausto dia,  
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,  
y brille en vuestros ojos la alegría.
- LOLA. No temas, no; sabemos las mujeres  
guardar nuestra pasion aquí escondida,  
velando con sonrisas y placeres  
los quejidos del alma estremecida.  
Y mientras el dolor negro y profundo  
mudo en el alma del que sufre queda,  
el que no espera compasion del mundo  
cubre el dolor con antifaz de seda.
- JUANA. Alguien viene.
- LOLA. Ve quién es,  
y si convidados son,  
dí que pasen al salon.
- JUANA. No, señora, es el Marqués. (Váse Juana.)

ESCENA II.

LOLA y el MARQUÉS.

- MARQ. Fatal estrella, por Dios,  
es la mía, dulce amiga:  
siempre el cielo me castiga  
cuando estoy lejos de vos.
- LOLA. Pues mucho tiempo hace á fe  
que os pudiera castigar.
- MARQ. No me quiero disculpar,  
pues conozco que falté,  
mas sé que á tan dulce prenda  
no apela el cariño en vano.  
Lola, ¿no me dais la mano?
- LOLA. Es que no fio en la enmienda.
- MARQ. Mucho, Marquesa, lo siento:  
juro que podeis fiar,  
porque vengo á confesar  
lleno de arrepentimiento.  
Oidme un rato, Marquesa:  
aunque nunca os he olvidado,  
distruido habré entiviado  
vuestro cariño, y me pesa:  
nadie mejor que Montero  
conoce lo que valeis,  
y creo no dudaréis  
que os he querido y os quiero.  
Algunas veces, y en tanto  
que iba en pos de mis antojos,  
sorprendia en vuestros ojos  
recientes huellas de llanto;  
conozco que os hice agravio,  
pues mientras gozaba yo,  
sufriais, y no asomó  
una queja en vuestro labio:  
y si vos llanto de hiel  
vertiais por mi egoismo,  
no me perdono yo mismo  
haber sido causa de él.
- LOLA. ¿De veras?

MARQ. Os lo confieso  
como lo siento, señora.  
¿Creeis en la enmienda ahora?

LOLA Enrique, no hablemos de eso.

MARQ. Vuestro cariño, Lola, es  
hoy mi primera fortuna;  
hay dias de mala luna  
que todo sale al revés.

LOLA Enrique, ¿qué te ha pasado?

MARQ. Me levanté esta mañana.  
y de montar me dió gana  
el potro tordo rodado;  
yo ganoso de cansallo.  
y èl mas ganoso de hacello;  
á fuerza ya de corrello  
he reventado el caballo.  
Por mi fortuna sallí  
sin lesion de la caída:  
tuve luego una comida  
en que se jugó y perdí.  
Levantéme sin revancha;  
ocurriósenos el dar  
un paseo por el mar,  
y tomamos una lancha:  
alzando espumosa estela  
y á la barra haciendo proa,  
dirigimos la canoa  
mar á fuera á toda vela:  
embocaba á la sazón  
el canal un bergantin  
ligero como un delfin,  
y al verlo volví el timon.  
Mi barquero con enojo  
gritó: á la via, Marqués.  
¿Cómo á la via? ¿no ves  
que nos va á pasar por ojo?  
Y si no viro, no marra,  
por nuestra estela cruzó,  
pero no olvidaba yo  
que estábamos en la barra.  
Ya del canal separados,  
batidos por la corriente,

nos quedamos blandamente  
sobre la barra varados.  
Y entonces como de intento  
para hacernos zozobrar,  
el drapo nos vino á hinchar  
una ráfaga de viento:  
dicho y hecho, zozobramos...

LOLA. Me espanta esa sangre fria...

MARQ. No te asustes, hija mia,  
porque todos nos salvamos.  
Sabeis que nada me aterra;  
mas hoy os protexto á fé  
que de veras me asusté,  
pues nado como una piedra.  
El bergantin, que al pasar  
nuestra cuita presenció,  
en un momento mandó  
botar las lanchas al mar  
para darnos pronto ayuda;  
los remeros se afanaban,  
mas acercarse no osaban  
temiendo varar sin duda,  
cuando se hechó un hombre á nado  
de la lancha mas vecina,  
y en nuestra inminente ruina  
á nosotros se ha acercado;  
y cogiéndonos á dos  
cual si cogiera una paja,  
en su lancha nos encaja.  
¡Que brazo, poder de Dios!

LOLA. Muy generoso habréis sido  
con el bravo marinero.

MARQ. No era tal, un caballero  
muy bizarro y muy cumplido,  
moreno, de buen talante,  
(Lola escucha agitada.)  
elegante sin aliño,  
con la sencillez de un niño  
y el aliento de un gigante  
Deseoso yo de pagar  
abnegacion tan sin tasa,  
le ofrecí cortés mi casa.

que se empeñó en rehusar;  
y al dejarle en la posada  
mandéle al momento el coche  
rogándole que esta noche  
venga á honrar nuestra velada.  
Y al presentároslo á vos,  
os acordareis, querida,  
que me ha salvado la vida.

LOLA. (Ap.) ¡Justicia eterna de Dios!

MARQ. Estais pálida, marquesa.

LOLA. Sí, siento un temblor inquieto...

MARQ. Culpa mia, yo os prometo  
que será la última esa;  
que al ver lo que por mi pasa,  
por loco tendrá cualquiera  
al que busca riesgo fuera  
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmocion  
que temo hasta hablar me impida.

MARQ. ¿Quién hará sin vos, mi vida,  
los honores del salon?

Hoy si que no os lo perdono;  
y espero que afianzaréis  
la fama que ya teneis  
de modelo de buen tono.

Ya acude la reunion,  
y el baile va á empezar luego.

LOLA. (Ap.) ¡Dios mio! ¡si fuese Diego!

MARQ. (Tomándola del brazo.)  
Lola vamos al salon.

### ESCENA III.

Sale JUANA, azorada y santiguándose.

¡Jesucristo, Jesucristo!  
Señorita... ya está dentro:  
vaya un oportuno encuentro;  
y no sueño, que le he visto.  
Salí un momento al balcon,  
¡maldita curiosidad!  
y en la densa oscuridad.

Vi pasar una vision.  
Y era aquel negro, aquel Juan  
le he visto, le he visto bien;  
¿pero cómo, cuando y quien  
habrá traido ese Adan?  
Si él está tambien don Diego.  
debe estar, la cosa es clara:  
si jamás de él se separa:  
ya empieza á enredarse el juego;  
esto va á parar en mal;  
daré parte á la señora...  
¿Y quien se lo dice ahora  
entre ese berenguenal?  
Callaré, es lo mas seguro.  
hasta que la pueda hablar,  
¡Ay! la Virgen del Pilar  
nos saque en bien de este apuro.  
Si antes de la reunion  
estaba ya tan inquieta...  
Está visto, no hay profeta  
como nuestro corazon.  
¡Ah! si la Virgen hiciera  
que al negro no vuelva á hallar,  
le ofrezco á adornar su altar  
con cuatro velas de cera.

## ESCENA IV.

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS,

y algun otro caballero salen del brazo, conversando familiarmente, examinando el adorno, etc.—Pasa un criado con bebidas; Ruiz toma un puñado de bizcochos y un vaso de ponche y se sienta junto á una mesa de juego á tomar su refresco.

AGUIL. ¡Jamás ha habido sociedad como esta!  
¡Cuánta elegancia en todo, cuanto esmero!  
para hacer los honores de una fiesta  
es solo la marquesa de Montero.

MEND. Es verdad, el negarlo fuera agravio:  
su acento es siempre amable y oportuno,  
y, en miel envuelta, mana de su labio

- una palabra dulce á cada uno.
- CISN. Pues yo, no se por qué, se me figura,  
ver al través de su aparente calma  
que en su sonrisa celestial y pura  
trasciende siempre un mal estar del alma.
- AGUIL. No es probable que sea: es respetada,  
hermosa, rica, de brillante cuna  
y amada del Marqués: fuera bobada  
pedir mas beneficio á la fortuna.  
Antojos tuyos son.
- CISN. Serán antojos.
- AGUIL. Cuando hácia alguno su mirada torna,  
el sentimiento en sus rasgados ojos  
es una nueva gracia que la adorna;  
y, observado por Dios, en los salones  
la sonrisa simpática que lanza,  
hasta en los mas inertes corazones  
sirve de pedestal á una esperanza.
- RUIZ. (Tomando su ponche.)  
Las mujeres en baile son mas vivas;  
á la luz de bujía son mas bellas;  
es animal nocturno.
- AGUIL. ¡Voto á cribas!
- RUIZ. ¡que no las quieran cual las quiero á ellas!
- AGUIL. ¿Á todas? Hombre, ¡que plural mas lato!
- RUIZ. Lo pondré en singular, si esto te asusta.
- AGUIL. Siquiera en singular es otro trato.
- RUIZ. Pues todo el sexo mujeril me gusta.
- RUIZ. Es opinion absurda.
- AGUIL. No lo creas.
- RUIZ. Te lo voy á probar, por vida mia:  
donde quiera que vayas, verás feas  
que están en una inmensa mayoría,  
y si en amar hemos de gastar la vida,  
gastarla en una fea es un sarcasmo.
- AGUIL. Distingo: si esa fea es muy subida  
se puede suprimir por pleonasma.
- CISN. Las que son de esa clase se entretienen  
en un rincon de casa murmurando;  
como en el baile hay mucha luz no vienen.
- AGUIL. Por eso quiero estar siempre bailando;  
pero despues me duele la salida;

porque tras una noche deliciosa,  
al renovar la prosa de la vida  
es volver á la vida de la prosa.  
Todo es hermoso aqui: corre la noche  
entre rios de luz y de armonia:  
uno comienza por venir en coche  
á respirar ambientes de ambrosia:  
penetra en el salon, lucen las bellas  
de gasa ornadas y ligeras flores,  
cual brillan en el cielo las estrellas  
de una noche estival en los ardores;  
y la hermosura, casi siempre esquiva,  
cual si anhelara del amor los lazos,  
viene espontánea á ser nuestra cautiva,  
buscando una prision en nuestros brazos:  
y rompe el vals, y luces y mujeres,  
y espejos y salon, todo girando,  
un vértigo remedan de placeres  
en que se embriaga el alma volteando:  
se respira su aliento, y el hechizo  
y la mirada de la hermosa brilla  
sintiendo frio su flotante rizo  
que pasa á acariciar nuestra mejilla.  
Ya envidiando una mano chiquitina  
que posa abandonada en el regazo,  
y al través de la ténue muselina  
la nieve mate de un mullido brazo:  
ya viéndola cansada reclinarse  
en un sillón, como en mullido lecho,  
y en su agitado respirar contarse  
la oscilacion de su ondulante pecho;  
ya de unos ojos de color de cielo  
devorar la simpática mirada,  
mirada que en un novicio al primer vuelo  
lee cien tomos, y no dice nada!...  
Esto es gozar, al menos se respira  
aire más tibio, más feliz ambiente;  
y si en el mundo al fin todo es mentira,  
se pasa la mentira alegremente.  
En nuestra existencia estólida  
cada uno tiene un placer,  
si tú estás por la mujer,

Ruiz.

- yo estoy por cosa mas sólida.
- AGUIL. Mala pedrada te tronche:  
solo por lo tragon te odio.
- RUIZ. Hombre, esto es un episodio,  
un triste vaso de ponche:  
tú de amor en los altares  
quemas tu incienso á las bellas,  
yo, que no me acuerdo de ellas,  
ahogo en rom mis pesares.  
Me admira verte tan chocho;  
es no quererlo entender:  
es muy dulce la mujer,  
pero es más dulce el vizecho.
- CISN. ¡Qué grata es su ocupacion,  
la verdad con verle gozo.
- AGUIL. La garganta de ese mozo  
es un molino de rom.
- RUIZ. Envidiosos...
- AGUIL. Vamos, cesa.  
Vas á decirme una cosa:  
¿viste qué triste y hermosa  
se presentó la marquesa?
- RUIZ. Hombre, no he reparado
- AGUIL. ¿No sospechas qué tendrá?
- RUIZ. Podrá tener pero... cá...
- AGUIL. Vamos, ¿qué es lo que has pensado?
- RUIZ. ¿Conque eres curioso?
- AGUIL. Un poco.
- RUIZ. Pues por esta vez, amigo,  
la verdad, no te lo digo  
porque no lo sé tampoco.
- CISN. La marquesa.
- RUIZ. Pues chiton:  
(Aguilar se adelanta á ofrecerla el brazo)

## ESCENA V.

DICHOS Y LA MARQUESA.

- LOLA. ¿Como aquí tan retirados?  
¿están ustedes cansados  
del bullicio del salon?

- AGUIL. Mal nos juzgais, á fé mia,  
si os llegais á figurar  
que puede á nadie cansar  
tan amable compañía.
- LOLA Aguilar es bien seguro  
que sois buen galanteador :  
siempre encontráis una flor  
para salir del apuro.
- AGUIL. Si vos así lo creéis  
no quiero contrariaros :  
muchas tendría que daros  
para las que merecéis.
- LOLA. Sois amable por demás,  
y tenéis dichos muy buenos :  
si los prodigárais ménos  
quizá me gustaran mas.
- AGUIL. Pues entonces no prosigo.  
Pediros quiero un favor,  
y es que me hagais el honor  
de bailar un vals conmigo.
- LOLA. ¿Cual?
- AGUIL. El que queráis, señora.
- LOLA. Si os place será el tercero,  
porque estoy rendida, y quiero  
descansar un rato ahora.
- CISN. ¡Os encontráis indispueta?
- LOLA. No, pero cansada sí. (se oye música.)  
No se entretengan por mí,  
pues vuelve á empezar la fiesta.

## ESCENA VI.

LOLA.

¡Qué ingrato afan mi corazon altera!  
empieza apenas la festiva danza,  
y como si una sombra me siguiera,  
do quier la garra del pesar me alcanza.  
Si mi vida estuviese  
suspendida del fiel de una balanza,  
no creo fuese tanta mi agonía.  
Quiero huir de esta sombra,

que sólo existe en la memoria mía;  
y en busca del olvido,  
al resbalar mis piés sobre la alfombra,  
voy lanzada de un vértigo al impulso,  
buscando un medio de obligar al tiempo  
á correr tan veloz como mi impulso.  
¡Ay! si ahora pudiera  
retroceder un paso en mi camino  
y encontrar blanca y pura,  
como lo fué en mi hermosa primavera,  
la página feliz de mi destino;  
y aquel vibrante acento de ternura  
escuchar otra vez sobre la tierra,  
que cual recuerdo de un perdido cielo  
ébrio de amor el corazón encierra!  
¡Si alzar pudiera en amoroso anhelo  
mi frente virginal inmaculada,  
esta frente abatida  
que hoy no resistiría su mirada;  
y decir una vez de amor henchida,  
ven á buscar en mi amoroso seno  
la dulce paz de tu azarosa vida!  
¡Ay! no lo quiera Dios! Fuera un suplicio  
volverle á ver para perderle luego.  
¡Harto costoso es hoy el sacrificio!  
No quiera Dios que mi marchita frente  
venga á abrasar con su mirar de fuego.

## ESCENA VII.

LOLA, el MARQUÉS y D. DIEGO,  
éste viene apoyado en el brazo del Marqués.

MARQ. Lola mía, os presento el caballero  
que me sacó del agua sumergido.  
DIEGO. A vuestros piés... ¡Dios mío!  
LOLA. (Ap.) Él... él... yo muero!  
MARQ. (Ap.) También esta mujer me habrá vendido!  
(Dirigiéndose á Diego.)  
No debeis extrañar que conmovida  
encuentre una mujer en su presencia  
quién á su esposo conservó la vida:

su amor debe servirla de indulgencia.  
Ella os dirá las hondas atenciones  
de gratitud que nuestro pecho abriga.  
(Dirigiéndose á la marquesa.)  
Mientras cumplo por vos en los salones,  
cumplid por mi con él, querida amiga.  
(Váse el Marqués.)

DIEGO. (En actitud de irse.)

¡Adios, bella esperanza lisonjera!

LOLA. Si puede consolaros mi tormento,  
miradme Diego, y de perdon siquiera  
salga de vuestros labios un acento.

DIEGO. «*Si ois contar de un naufrago la historia*  
*»ya que en la tierra hasta el amor se olvida,*  
*»¿encontrará un sepulcro mi memoria?*  
*»AQUÍ LA GUARDARÉ TODA MI VIDA.»*  
Así decia una mujer, llorando,  
conociendo la fé con que era amada:  
sin duda vos no recordais ya cuando...

LOLA. ¡Me asesina la hiel de su mirada!

DIEGO. ¿No recordais que concentré la vida  
dentro del corazon para vos sola;  
y de esperanza y gloria el alma henchida  
soñaba un cielo en el amor de Lola?  
No pensasteis jamás que un peregrino  
cruzaba errante el desolado suelo,  
y erais la única flor de su camino,  
la sola estrella que alumbró su cielo?  
Hoy que el encanto de mi vida acaba,  
decidme una palabra en vuestro abono.  
Si os han amado mas que yo os amaba,  
decídmelo tambien y os lo perdono.

LOLA. ¡Diego, piedad por Dios!

DIEGO. ¿Por qué, señora,  
cuando os fijaba la esperanza mia,  
conocer no os dejabais, como ahora?  
¿Porque ese corazon amor mentia?  
¿Porqué no decir al creyente  
un ángel bello que en su delirio fragua:  
«no tengo nada aquí, quien por mi siente  
«viene á escribir su nombre sobre el agua?»  
Porque vuestra pasion es flor de un dia,

que dura solo lo que dura un lirio,  
mostrando al hombre que en amores fia,  
que el premio del creyente es el martirio.  
¿Qué importa á la mujer, si en la mudanza  
son de lisonja sus oidos llena,  
convertir una vida de esperanza  
en campo esteril de infecunda arena?  
Y agotados al ver en nuestra frente  
cuantos capullos la ilusion tenia  
tendrá ella una sonrisa indiferente  
para insultar del mártir la agonía,

LOLA. Me haces daño... ¡piedad!

DIEGO. Débil criatura,  
he aquí el único bien que nos ofrecen;  
saben verter á mares la amargura,  
y al probar una gota se estremecen.

LOLA. No es verdad: si tronché mi esperanza,  
derramando la hiel de vuestra vida,  
el cielo se encargó de la venganza,  
fiad en él que os la dará cumplida.  
El cielo me dejó el remordimiento,  
y un recuerdo sin fin de esta ternura:  
si vos no comprendeis ese tormento,  
no habéis á esta mujer de desventura.  
¿Habéis tenido fijas las miradas  
viendo las aguas murmurar sonoras;  
y en llanto las mejillas arrasadas,  
lentas contar las intranquilas horas  
con un recuerdo de tristeza, Diego,  
perdido eden de gloria y de ventura,  
que ha de morir aquí, cual fátuo fuego  
que brilla en ignorada sepultura?  
Y cuando el alma aérea y vagarosa  
á eso deleite celestial se lanza,  
gritaros una vez: «¡infidel esposa!  
»es un crimen nutrir esa esperanza!»  
Y cuando el corazón henchido estalla,  
sólo veáis en el morir remedio,  
y entre el alma y su amor tengais por valla  
toda una eternidad que está por medio;  
y ante el hombre ofendido que amé tanto  
no hallar una palabra en mi disculpa,

ni aun el consuelo de enjugar su llanto,  
llanto que corre por mi sola culpa.  
Y cuando á su desprecio resignada,  
diera mi salvacion por su ventura,  
¿creéis que á una mujer tan humillada  
debeis de hablarle vos de desventura?  
Decidme: ¿lo creéis?

DIEGO.

Adios, señora.

LOLA.

(Ap.) ¡Y se puede olvidar, Dios poderoso!  
¡sólo faltaba á mi desgracia ahora  
el suplicio de hallarle generoso!

(D. Diego va á salir conmovido, y en el momento de  
llegar á la puerta la abre el Marqués y le indica cor-  
tesmente que se detenga.)

### ESCENA IX.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQ.

(Dirigiéndose á Lola.)  
Retiraos, os lo ruego.

LOLA.

Enrique, ¿por qué?

MARQ.

Os lo mando.

(Lola se va por la puerta interior, enjugando sus lá-  
grimas.)

### ESCENA X.

El MARQUÉS y D. DIEGO.

MARQ.

¿Me direis lo que tratando  
estabais señor don Diego?

DIEGO.

Cosas de poco interés.

MARQ.

Ved que algo se ha percibido.

DIEGO.

Entónces, si habeis oido,  
¿á qué preguntais Marqués?

MARQ.

Es verdad, tenéis razon,  
que es inútil la pregunta.  
¿Tiene vuestra espada punta?

DIEGO.

Y va recta al corazon.

MARQ.

Bien; una mujer os ama,  
y no es, por Dios, caballero,

quien no desnuda su acero  
para defender su dama.  
Pero tambien se os alcanza  
que si ella tiene marido,  
puede su honor vendido  
exijir justa venganza,  
y de esa mujer liviana  
yo me vengaré despues.

DIEGO. Será una hazaña, Marqués,  
digna de un alma villana.  
Si esa mujer amó

y no cometió un deslíz,  
¿por qué no la haceis feliz,  
amándola como yo?

MARQ. Segun vos, no ha delinquido  
en no violando el pudor  
que debe á su propio honor  
mas que al nombre del marido.  
Suponiendo que así fuera,  
estais muy equivocado:  
no le basta al hombre honrado  
fidelidad tan grosera.

Si un dia de vuestra esposa  
recibierais un agravio,  
escuchando de su labio,  
que en otro su amor reposa,  
¡la ira mi acento truca!  
¿que haríais con el rival?

DIEGO. Es un caso original  
que no me ha ocurrido nunca.

MARQ. Á mi sí, y es menester  
acabar con ese amor.  
Las cuestiones de mi honor  
yo me las sé resolver.

DIEGO. Batiéndose con el rival  
que en mala hora habeis soñado,  
¿creeis que habeis encontrado  
un remedio á vuestro mal!

MARQ. ¿Teneis á la muerte miedo?

DIEGO. ¡Miedo!... sí; porque mi vida  
es tan bella y divertida  
que desprenderme no puedo

de su inmenso bienestar.  
Señor Marqués de Montero,  
¿creéis vos que vuestro acero  
me haga á mi pestañear?

MARQ. ¿Pues á qué tanta disculpa?

DIEGO. ¿Queréis un duelo mortal?  
Sea: mas de vuestro mal  
no echeis á nadie la culpa.  
Y perderéis la partida.  
que yo no puedo morir,  
porque hay horas que el sufrir  
nos centuplica la vida.

MARQ. De buena ó de mala gana  
veo que al fin me entendéis.

DIEGO. Ya que tanto lo queréis,  
enhorabuena: mañana.

MARQ. ¿Hora?

DIEGO. Las seis.

MARQ. Está bien.

¿Armas!

DIEGO. Las que vos queráis.

MARQ. A muerte.

DIEGO. Si os empeñáis  
os daré gusto también.

MARQ. ¿Testigos?

DIEGO. Entre los dos  
no creo haya felonía:  
y por mi parte os diría  
que el mejor testigo es Dios.  
Marqués cuidado de prever  
que nadie se entere de eso,  
y quede al menos ileso  
el amor de esa mujer.

MARQ. ¿Sitio?

DIEGO. La orilla del mar.

MARQ. ¿Queréis que pase á buscaros?

DIEGO. No teneis de molestaros,  
que nunca me hago esperar.

## ESCENA XI.

EL MARQUÉS.

Lago de amor sereno y trasparente  
que yo surcaba en brazos de su halago...  
En un instante el cieno del torrente  
enturbió los cristales de su lago.  
Paz de la vida, honor de los Monteros,  
¿conque andabais restregados por el lodo?  
Si con sangre se lavan desafueros  
yo la hallaré para lavarlos todo.  
¿Qué es esta fiebre ardiente que me asalta?  
¿Qué este frenesí que me devora?  
Que el corazón ingrato que me falta  
es á mi vida necesario ahora.  
Yo quisiera inventar algún tormento,  
agudo como el dardo que ella vibra,  
que secara del alma el sentimiento  
rompiendo el corazón fibra por fibra.  
Ofrecerle una vida de ternura,  
llevarle hasta el umbral del paraíso,  
dejarle ver un cielo de ventura,  
y hundirla en el infierno de improviso.  
Enrique, vuelve en tí, cobra tu calma.  
¿estás celoso tú? Lo estás, Montero;  
y con la hiel que hoy sobra de tu alma  
hay para envenenar al mundo entero.  
Y me es preciso refrenarme ahora  
para que no se ría algún menguado.  
(En el momento de dirigirse á la puerta interior  
Lola suspirando.)

LOLA. Enrique oid.

MARQ. (Empujándola con violencia.)

Quitad... ¡Maldita ahora  
que mi nombre y honor os he fiado!!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita  
D. Diego.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN y D. DIEGO.

Juan de pié en medio de la escena, contemplando fijamente á su  
amo, quien sentado junto á una mesa acaba de cerrar un pliego.

JUAN. (Ap.) ¡Cuán pálido y demudado  
se encuentra! ¡Si en este lance  
le sucediera un percance!...  
¡Tengo el corazon helado!

DIEGO. (Levantándose y dándole un pliego.)  
toma, Juan, amigo fiel;  
si á las ocho no he venido,  
abre este pliego y cumplido  
deja cuanto mando en él.

JUAN. ¿Os asalta algun temor,  
don Diego?

DIEGO. ¡Temor! no á fé.  
A tal situacion llegué  
que el morir fuera un favor.

JUAN. No digais tal. ¿Quién iguala  
vuestra destreza en el duelo?  
Si vos derribais al vuelo  
las golondrinas con bala.  
Ya que es fuerza, satisfecho  
dejad á ese camarada.  
Si quiere batirse á espada,  
le hundís la punta en el pecho.

DIEGO. Juan, no abrigues pena alguna  
por ese mal que presentes,  
pues son harto consecuentes  
la desgracia y la fortuna.  
Siendo feliz mi destino  
la muerte me lo truncara;  
mas hoy que lo deseara  
no la hallaré en mi camino.

JUAN. No, pues si en esta ocasion  
os lastimaran, de fijo  
que aunque fuera mi propio hijo  
le partiera el corazon.  
Pero cá... venceis sin duda:  
con vuestro brazo batalla  
vuestro corazon de malla,  
y Dios que va en vuestra ayuda.  
Ó soy un solemne bolo,  
ó lo despachais. (Ap.) ¡Me dan  
congojas de muerte!

DIEGO ¡Juan!  
déjame, quiero estar solo.

## ESCENA II.

D. DIEGO solo.

Da una vuelta por la escena, sumamente ensimismado, y luego  
se sienta en una silla al lado de la mesa.

¡Cuánta mudanza en un día!  
Ayer iba al paraíso,  
y naufragó de improviso  
toda la esperanza mía.  
¡Mas valiera que al venir

me hubiera tragado el mar!  
Yo vine á Europa á gozar,  
y habré venido á morir.  
Y morir sin el placer  
de vengarme? ¿Mas de quién?  
Si fuera un hombre, está bien :  
pero una débil mujer...  
Y el mundo sin compasion,  
me dirá: «goza y olvida :»  
sin mirar que en la partida  
he perdido el corazon.  
¿Y cómo puedo olvidar?  
Es lo mismo que pedir  
que olvide el pulso el latir  
y el pensamiento el pensar.  
Y si de pena cubierto  
al fin sucumbo cansado,  
moriré sin ser llorado  
como un lobo en un desierto.  
Yo, que en la mujer creí  
y en el amor esperé,  
¿dónde encontraré la fé?  
¡Pobre insensato de mí!  
Y cuando esa mujer vea  
que mi existencia apagó,  
y mi cráneo se secó  
con el calor de una idea;  
y que, en desesperacion  
cansado ya de sufrir,  
la violencia del latir  
reventó mi corazon,  
¿qué premio habré conseguido  
en pago de esta agonía?  
¡Hasta la existencia mia  
será un recuerdo perdido!  
Y hasta que la sepultura  
apague esta horrible guerra,  
sigue pisando esta tierra  
empapada en amargura.  
Si la existencia es un bien,  
busquemos compensacion  
de esta funesta pasion...

¿Quién puede dármela, quién?  
Para borrar esta huella  
es preciso que el vacío  
lleve otro objeto ¡Dios mío!  
¡Si no cabe aquí mas que ella! (Pausa.)  
Cuando la vida se acaba  
también se acaba el afán,  
y entonces de este volcán  
será ceniza la lava;  
y nada quedará en mí;  
sólo el alma irá volando,  
mejor espacio buscado,  
do no engañen como aquí.  
Y sin llanto ni querrela  
¿vivirá entonces? ¡Mentira!  
si el alma mía respira  
respirará para ella.  
¿Quién dijera, Dios piadoso,  
que este inmenso amor á Lola  
me ofrecía un pistola  
por llave de mi reposo?  
¡Miserable condicion!  
Y en tan agudo tormento,  
es suyo mi pensamiento.  
Dios mío, tu nombre invoco  
con el alma dolorida:  
es un infierno mi vida,  
ten piedad de un pobre loco!  
(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

### ESCENA III.

El CAPITAN y D. DIEGO.

CAPIT. ¡Mucho se madruga, amigo!  
DIEGO. ¡Hola! ¿sois vos, capitán?  
CAPIT. ¿La noche habeis pasado,  
don Diego; pálido estais.  
DIEGO. Este clima me trastorna.  
CAPIT. ¿No es más que eso?  
DIEGO. Nada mas.

- CAPIT. Ahora salto de abordo.  
y me han venido á avisar  
que una fragata de guerra  
á salir próxima está  
para el Rio de la Plata.  
Si algo teneis que mandar,  
El capitan es amigo  
y contento os servirá.
- DIEGO. Capitan, decid que cuente  
con un pasajero más.
- CAPIT. No quedará descontento  
si es amigo vuestro,
- DIEGO. Es Juan,  
cuyos buenos sentimientos  
es tiempo ya de premiar,  
y á quien creo que ya es hora  
de dejar en libertad  
para que al lado de su hijo  
vaya tranquilo á espirar.
- CAPIT. ¡Bravo, corazon hidalgo!  
¡Qué contento va estar Juan!
- DIEGO. Al que vela nuestro sueño,  
que llora cuando llorais,  
que os ama con toda el alma,  
¿qué menos le podeis dar?
- CAPIT. ¡Feliz vos, que en torno vuestro  
sembrais la felicidad!  
¿Qué corazon en la tierra  
vuestra alma no ha de envidiar!  
Faltara la providencia  
si aquella á quien vos amais  
no bordara vuestros dias  
de cariño y lealtad.  
¡Ah! vereis con qué placer  
las horas resbalarán  
para vos sobre la tierra!  
¡Debeis ser feliz!
- DIEGO. ¡Caball!  
Cuando uno se encuentra, así,  
tan afortunado y tan...  
de la dicha que le sobra  
debe dar á los demás.

Y qué tal vuestros amores?

CAPIT. ¡Ay, amigo mio, mal!  
ya os dije que era mi amada  
hija de noble solar,  
y yo solo cuento, amigo,  
con mi carrera y no mas.

DIEGO. Pero teneis corazon.

CAPIT. Con él me lancé á la mar  
á luchar desesperado,  
y su elemento voraz  
contemplando cara á cara,  
he dicho á la tempestad  
que me ha de abrir hancha tumba  
ó riqueza me á de dar.

DIEGO. ¿Y ella os corresponde bien?

CAPIT. Con cariño celestial:  
y como ser pronto espero  
capitan en propiedad,  
dentro de dos años calculo  
poderla mia llamar.

DIEGO. ¿No habeis amado mas que ella?

CAPIT. A ella, don Diego, y no mas.  
Y si su amor me faltara  
no creo volviese á amar.  
Cuando en medio del Oceano  
arreciaba el huracan,  
y como corcho ligero  
hacia el buque flotar,  
empujándole á las nubes,  
ó en rauda velocidad  
descendiendo como un cuerpo  
que va su centro á buscar;  
cuando amarrado á la caña,  
dando proa al vendabal,  
sintiendo crugir los mástiles,  
suelta mi melena atras,  
á merced de la borrasca,  
me viais luchar audaz  
contra el inmenso gigante  
que se afana en remedar  
con sus salvajes mujidos  
la voz de la eternidad.

entre las saladas olas,  
entre las algas del mar  
venir sentia el aroma  
de su aliento celestial,  
y jamás con su recuerdo  
me impuso la tempestad.

DIEGO. ¡Bien, capitán! Hoy comprendo  
que mereceis mi amistad.

CAPIT. Con la mía, á todo trapo,  
sabeis que podeis contar.

DIEGO. Me dijisteis que en América  
vuestro padre, al espirar,  
dejó un crédito pendiente...

CAPIT. ¡Toma! ¿quién se acuerda ya?

DIEGO. Contra la casa quebrada  
de don Pedro Sandoval.

CAPIT. Sí: pero ese crédito era  
cosa de poca entidad.

DIEGO. ¿Quereis venderme ese crédito  
al contado?

CAPIT. ¿Os chanceais?

DIEGO. No, á fe mía, que en él pienso  
ciento por ciento ganar;  
os ofrezco diez mil duros.

CAPIT. Si no asciende á la mitad...

DIEGO. Tanto mejor para vos.

CAPIT. Corriente, como queráis;  
pero yo creo, don Diego,  
vuestra idea adivinar;  
y no quiero que gravosa  
pueda seros mi amistad.  
Vos me ofrecéis la fortuna  
y yo la quiero ganar;  
agradezco con el alma  
el beneficio.

DIEGO. No es tal:  
es una especulacion  
que podréis ó no aceptar,  
y os lo propongo, porque  
me tiene cuenta y no mas.  
¿Quereis que fuese tan loco  
que tirara mi caudal

sin ton ni son? Por mi vida  
muy pródigo me juzgais.

CAPIT. Enhorabuena, don Diego:  
si me decís la verdad  
acepto vuestra propuesta;  
pero si vos me engaÑais,  
con vuestra noble mentira  
haceis mi felicidad,

DIEGO. ¿Cuándo quereis el traspaso?  
Tan pronto como podais;  
y Juan en letras corrientes  
la suma os entregará.

(Váse el capitán.)

¿Porque ha de tardar dos años,  
si ántes del plazo, quizás,  
un desengaño pudiera  
su existencia envenenar?

#### ESCENA IV.

D. DIEGO Y JUAN.

JUAN. Señor, ¿quereis darme audiencia?

DIEGO. Vamos, qué quereis?

JUAN. Yo quiero  
muchas cosas. Lo primero  
estar en vuestra presencia;  
luego que hagais el favor  
de decirme á mí el por qué  
os batis.!

DIEGO. Juan déjame:  
porque estoy de mal humor.

JUAN. Es que no hay paz para mí  
cuando no la hay para vos.

DIEGO. Bien, hombre; vete con Dios.

JUAN. ¿Si? pues no voy de aquí.

DIEGO. Atrevido.

JUAN. (¡Ay, qué apuros!)

DIEGO. Sal al punto. (Juan se va llorando.)

Espera, Juan:  
cuando vuelva el Capitán.

le entregarás diez mil duros.  
Mira, dentro de este pliego  
va mi fortuna, y que sea  
tuya deseo.

JUAN. (Ap.) ¡Qué idea!  
¿Y qué más quereis, don Diego?

DIEGO. Que á América partas hoy,  
porque me conviene así,  
y cuando llegues allí  
serás muy rico.

JUAN. No voy.  
Que penseis es menester  
que uno se va haciendo viejo;  
¿no veis señor que si os dejo?  
quizas ya no os vuelva á ver

DIEGO. Es que tomé yo el pasaje  
para tí.

JUAN. Como querais;  
aun cuando me despedais  
no me pongo hoy en viaje,

DIEGO. ¿Sabes que tengo ya antojos  
de echarte?

JUAN. (Con grave intencion.) ¡Conversacion!  
Si yo os leo la intencion  
en lo blanco de los ojos.  
Vos me quereis engañar  
porque soy un pobre diablo;  
pero de veras os hablo,  
hoy mismo me arrojo al mar  
si me dejais.

DIEGO. ¿Y los lazos  
que debes á mi favor?

JUAN. Pero si vos... ¡Ah! señor!..  
(Prorumpo en llanto.)

DIEGO. Ven acá, dame los brazos.

JUAN. Estais bebiendo la copa  
de la hiel por culpa de otros.  
Vámonos, para nosotros  
es el infierno la Europa.

DIEGO. Imposible.

JUAN. No por cierto.  
Procurad rasgar la venda.

- DIEGO. Cualquier camino que emprenda  
me conducirá á un desierto.
- JUAN. Entónces me quedaré ;  
vuestro paso he de seguir,  
y si ese hombre os llega á herir,  
juro que le mataré.
- DIEGO. ¡Ay de ti, Juan, ay de tí  
si nutres tal pensamiento!  
¡Maldijera yo el momento  
que tus cadenas rompí!
- JUAN. Le respetaré, señor.
- DIEGO. No harás mas que tu deber,  
á menos que quieras ser  
indigno de mi favor.
- JUAN. ¡Ah, no! porque si algun dia  
me falta vuestra presencia,  
sabreis que vuestra existencia  
era el jugo de la mia.
- DIEGO. A males que el cielo da  
se ha de inclinar la cerviz.  
Juan, tú puedes ser feliz,  
yo no puedo serlo ya. (Vase.)

## ESCENA V.

JUAN, solo.

¡Qué pago á su amor, qué pago!  
Pero quién diablos creyera  
que el amor hacer pudiera  
en un alma tal estrago?  
No comprendo, no transijo,  
cómo viéndome tan fiel...  
Yo que tengo á él  
ya no me acuerdo de mi hijo ;  
yo, que tengo el alma llena  
de este cariño entrañable,  
y no puedo, miserable,  
ni hacerle olvidar su pena

## ESCENA VI.

El MARQUÉS Y JUAN.

MARQ. ¿Don Diego?  
JUAN. En su cuarto está.  
MARQ. Anda y dile que le espero.  
JUAN. ¿Y quién diré?  
MARQ. Un caballero.  
JUAN. (Ap.) Algun demonio será.  
MARQ. ¿No vas?  
JUAN. Ya voy.  
MARQ. ¿Pues qué dudas?  
JUAN. Tenga un poco de paciencia.  
MARQ. Dí que es asunto de urgencia.  
JUAN. (Ap.) Este debe ser el Judas.

## ESCENA VII.

D. DIEGO y el MARQUÉS.

DIEGO. ¿Vos aquí, Marqués?  
MARQ. Advierto  
que os sorprende mi visita:  
quedamos para una cita,  
y ya es hora.  
DIEGO. (Sacando el reloj.) No por cierto:  
si adelantaria pensais,  
no hallo en ello inconveniente  
MARQ. ¿Teneis mi daño presente,  
y de mi prisa dudais?  
DIEGO. No os ofusqueis, pese á tal;  
yo arriesgar la vida puedo,  
y si al náufrago la cedo  
no se la cedo al rival.  
MARQ. Yo cuento con vos, don Diego,  
para matar ó morir.  
DIEGO. Si vos no os podeis batir.  
MARQ. ¿Por qué no?  
DIEGO. Porque estais ciego.  
Teneis celos, vive Dios.

y á fe mia, yo no sé  
de qué los teneis.

MARQ.

¿De qué?  
de que os ama solo á vos:  
de que un llanto sorprendí  
que el alma mia halagaba,  
y la pérfida lloraba.  
y no lloraba por mí.  
De que mi alma se exalta  
en frenética ambicion ;  
porque quiero un corazon.  
y ese corazon me falta.  
De que esa mujer querida,  
cuyo amor me desespera,  
cuando la tuve nada era;  
y hoy que la pierdo, es mi vida.  
De que en medio del furor  
que ha ahogado mi esperanza,  
no acierto á encontrar venganza  
tan grande como mi amor.  
De que el cielo os arrojó  
entre nuestras almas juntas  
como un puñal de dos puntas  
que estais entre Lola y yo.

DIEGO.

Marqués, por vuestro camino  
me obligasteis á pasar.  
¿Por qué si quereis luchar  
no luchais con el destino?  
¿Si es adversa vuestra estrella,  
es acaso culpa mia?  
Vos no sabeis todavía  
lo que yo sufro por ella.

MARQ.

¿De veras? feliz me siento:  
no es mi muerte tan cruel,  
al saborear la hiel  
que rebose en vuestro acento.  
¡Cuál me halaga ese furor  
que en la venganza os empeña!

DIEGO.

Teneis el alma pequeña  
para comprender mi amor.  
Cuando por ella he vivido,  
amándola tanto y tanto,

¿creéis que me halaga el llanto  
de la mujer que he querido?  
Y hoy, que la desgracia agota  
su hiel en ella afligida,  
diera con placer la vida  
para ahorrarle una gota.

MARQ. Bien puede el favorecido  
ser generoso, cual vos.

DIEGO. Marqués, no arrastreis, por Dios,  
la dignidad de marido;  
ni me pongais en aprieto,  
porque os juro por mi fe  
que ni de vos sufriré  
que le falteis al respeto.

MARQ. Don Diego, así os quiero ver,  
y ahorremos digresiones.

DIEGO. Marqués, vos juzgais pasiones  
que no podeis comprender.

MARQ. Vamos pues.

DIEGO. Será mejor,  
ya que en ello os empeñais;  
mas ved como la tratais.

MARQ. Es mi mujer.

DIEGO. (Ap.) Es mi amor;  
pero este amor que os revelo,  
que hondo aquí dentro se encierra,  
irá sin tocar la tierra  
de mi corazón al cielo.

Partamos.

MARQ. (Ap.) ¿Qué hay en su acento  
que así domina mi brio?  
¿cabe en un hombre, Dios mio,  
tan inmenso sentimiento?  
Oid, don Diego: un camino  
seguimos por nuestro mal  
en que somos cada cual  
la barrera del destino.  
Un sentimiento profundo  
á mí me impele y á vos;  
ya veis que uno de los dos  
está de más en el mundo:  
para forzar la barrera

se debe abrir una tumba.  
y después que uno sucumba  
haga el otro lo que quiera.

DIEGO. (Ap.) También es él desgraciado.  
¿Y por qué os quereis batir?

MARQ. Porque vale más morir  
que vivir desesperado.

DIEGO. (Ap.) Mi vida le abandonara  
si la paz le devolviera.  
Aún sereis feliz.

MARQ. Quimera:  
hay ya un mar que nos separa.

DIEGO. Conque persistis, Montero,  
en obligarme á batir?

MARQ. Quiero matar ó morir,  
y no sé lo que prefiero.

DIEGO. Lo siento por vos, amigo.  
y de mala gana voy;  
puedo aseguraros que hoy  
la fortuna irá conmigo.

## ESCENA VIII.

JUAN, solo, viendo salir á DIEGO.

Se va, Dios mio, se va  
y no quiere que le siga.  
¡Ay! ¡El cielo le bendiga!  
Dios sabe si volverá!  
Si de un alma agradecida  
llega la plegaria al cielo,  
protegedle en ese cielo  
tomando en cambio mi vida.  
y aunque pida un disparate.  
¡Dios mio: oid mi oracion;  
que no tenga compasion,  
que le mate... que le mate!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCEEO.

Salon de la marquesa, con ventanas á la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca en completo negligé, profundamente abatida, sentada en un sillón, y apoyado el codo en una mesa.

### ESCENA PRIMERA.

JUANA Y LOLA.

JUANA. (Ap.) ¡Cuan profunda es la amargura del dolor que la amilana!  
¿Quereis algo?

LOLA. Gracias, Juana.  
Me abrasa la calentura;  
resignada ya á mi suerte,  
pronto acabará el sufrir;  
el dolor me hará morir  
si el Marqués no me da muerte.  
Si Enrique de una estocada  
mata á Diego en sus enojos,  
seré de Enrique á los ojos  
una mujer deshonrada;  
y del generoso Diego

la noble sangre vertida  
irá quemando mi vida  
como un bautismo de fuego ;  
y si sucumbe el Marqués...  
¡Ay! mi corazón desmaya;  
por donde quiera que vaya  
veré su sombra á mis piés.  
Madre del hijo de Dios,  
Madre también sin ventura,  
socorred á esta criatura  
sin más amparo que vos.  
Fuente de paz y consuelo,  
doleos de mi quebranto,  
y empapada con mi llanto  
suba mi plegaria al cielo.  
Me siento con mas ahinco.  
Cuéntame, Juana: ¿á que hora  
salió Enrique?

- JUANA. Mi señora,  
á poco más de las cinco.
- LOLA. ¿Con sus armas?
- JUANA. Si, señora,  
las metió dentro del coche,  
y estuvo escribiendo anoche  
en su cuarto hasta deshora.
- LOLA. ¿Que hora es?
- JUANA. Cerca las nueve!
- LOLA. Ese reloj me asesina  
con la frialdad paulatina  
con que la péndola mueve.  
(Se oye ruido de un coche.)
- JUANA. Señora abajo la entrada  
paró el coche del Marqués.
- LOLA. Anda, ve y mira quien es.  
No... no me digas nada.

ESCENA II.

La MARQUESA y el MARQUÉS.

Entra el Marqués pálido, floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña á Juana para que despeje.

MARQ. Las particiones, Marquesa,  
os dejo en este papel,  
y parto.

LOLA. ¡Ay, Dios! Cuanta hiel  
sobre mi destino pesa! (Llorando)  
Ya que me dejais así,  
decidme... en el desafío...  
¿murió?

MARQ. No.

LOLA. Gracias, Dios mio;  
no caiga su sangre en mí.

MARQ. Me ha vencido y me ha humillado;  
se batió impasible y seco,  
y cual si fuera un muñeco  
dos veces me ha desarmado.  
Me cansé de suplicar  
que atravesara mi pecho,  
y hasta la afrenta me ha hecho  
de no quererme matar.  
Yo que anhelaba su muerte  
á todo trance ó la mia,  
le propuse si queria  
jugar la vida á la suerte.  
«Con una condicion sola  
»os acepto la partida:  
»dijo: si os gano la vida  
»partiréis lejos de Lola...»  
—Eso sin duda será  
para seguir vos su huella...  
—«Si yo la quisiera á ella  
»¿no os hubiera muerto ya?  
»Hoy seriais inhumano,  
»y no puedo tolerar.

»que nadie la haga llorar  
»mientras vida haya en mi mano,  
»¿Acomoda el pacto?—Sí:»  
el dado cogí y tiré;  
hice cinco, respiré:  
y de horror me estremecí.  
Con buen punto perderéis,  
me contestó friamente:  
cogió el dado indiferente,  
tiró al azar... hizo seis!  
«Gané, dijo, y á marchar  
»vais pronto léjos de Lola:  
»dejadla algun tiempo sola;  
que pueda libre llorar.»  
La deuda que he contraído,  
le dije, os será pagada.  
«Ved que no os exijo nada  
»y podeis darla al olvido.  
»Comprendo esa alma sentida  
»y os juro que me pesara  
»que vuestra sangre amargara  
»lo que me queda de vida:  
»y á quien vuestra esposa ha sido  
»no le dejéis por herencia  
»que destroce su conciencia  
»la muerte de su marido.»

LOLA. Pluguiera á Dios que viniera  
y la vida me arrancara.

Si ese hombre me asesinara  
¡ay! ménos daño me hiciera.

MARQ. Bajo estrella de bonanza  
habeis nacido, señora,  
pues ni aun me queda ahora  
el placer de la venganza.

LOLA. Siento que el enojo ceje  
si culpable me juzgais,  
cumplidla como querais,  
y no temais que me queje.

MARQ. La suerte no lo ha querido:  
yo respetaros juré,  
y cuando empeño mi fé  
que nací noble no olvido.

Más vale así, pues por Dios  
que se han de reir de mi  
al saber que me batí  
por una mujer cual vos.

LOLA. (Levantándose con dignidad.)  
Ya que son de vos agenos  
sentimientos de ternura,  
si insultais mi desventura  
no me rebajeis al menos.  
Hacer del sarcasmo alarde  
con tan débil enemigo,  
perdonad, Marqués, si os digo  
que es una accion de cobarde.

MARQ. (Con ironia.)  
Sin pensar os ofendí;  
mas no acierto á adivinar  
cómo se os ha de tratar.

LOLA. ¿No os trataba Diego así?  
Desgarrar con tanta saña  
no sabe hacerlo, Marqués;  
aquella alma noble no es  
capaz de tan vil hazaña.  
Y al comparar á los dos  
vos mismo me habeis probado  
que el hombre que os ha humiliado  
vale mucho más que vos.

MARQ. Creí que al ser vuestro esposo  
la queja me permitia...  
Menos sensible os creia...

LOLA. Y yo á vos más generoso:  
si ántes del duelo ó despues  
creyendo que os he faltado,  
me hubiérais asesinado,  
os perdonara, Marqués.  
Yo vuestro golpe mortal  
esperaria sin duelos,  
porque veria las celos  
en la punta del puñal.  
Pero perdonaros yo  
cuando mi honra escarneceis!...  
Matarme, Enrique, podreis,  
pero deshonorarme, no.

- MARQ. (Ap.) ¡Ah! no es culpable, no lo es  
quien así su honor adora.  
¡Me alejo de vos, señora!
- LOLÁ. El cielo os guie, Marqués,
- MARQ. El también á vos os guarde,  
y que olvidéis, Lola, os pido,  
lo mal que os he comprendido.
- LOLA. Lo habeis conocido tarde.

### ESCENA III.

LOLA sola.

¡Qué pobre y que mezquino se ha mostrado,  
Mi alma hirió con un boton de fuego  
cuando su corazon ha colocado  
junto al gigante corazon de Diego.  
Alma de hiena, que tan solo intenta  
su víctima roer crudo y rehacio,  
mientras el otro en su amargura ostenta  
un alma mas inmensa que el espacio.  
¿Qué valgo yo, desconocida fuente,  
que solo vierte el agua gota á gota,  
ante el ancho raudal de aquel torrente,  
que anonada en su grandeza ignota?  
Tienda do quiera el alma mia el vuelo,  
allí su génio colosal asoma;  
árbol que toca con su copa al cielo  
y llena al mundo de su inmenso aroma.  
¡Y él fué á jugar su corazon sereno,  
impávido, al azar de una pistola,  
un corazon donde vertió el veneno  
la imperdonable ingratitude de Lola!  
y sin cuidar del plomo que se lo abra,  
la idea de mis lágrimas le arredra:  
si no mori al oir esa palabra  
debo tener el corazon de piedra.

## ESCENA IV.

LOLA y una CRIADA.

CRIADA. Señora, ¿si dais licencia?

LOLA. ¿Qué quereis?

CRIADA. El negro Juan  
pidiendo está con afan  
llegar á vuestra presencia:  
dice que trae una carta  
y una caja para vos.

LOLA. Que pase adelante... ¡ay, Dios!  
si será que Diego parta.

## ESCENA V.

JUAN y LOLA.

El primero trae una caja y una carta, que sacará del bolsillo; y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquella á la marquesa.

LOLA. ¿Quedó Diego en la posada?

JUAN. (Comovido.)

Me mandó cerrar el pico:  
y así, señora, os suplico  
que no me preguntéis nada,  
«Anda, hijo, este recado  
á la marquesa á llevar.»

—Señor, ¿me han de contestar?

—«No, que está ya contestado.»

Vine volando al momento;  
me encargó ser muy conciso;  
y así, con vuestro permiso  
lo traigo, cumplo y me ausento.

LOLA. (Deteniéndole.)

Si alguno matara á tu amo  
á traicion y á sangre fria,  
¿que hicieras?

JUAN. Le mataria.

LOLA. Pues tu venganza reclamo.  
yo le he sido desleal;  
yo he tronchado su esperanza.

JUAN. Á vos, señora, no alcanza  
mi lazo ni mi puñal.  
Si habeis cubierto de duelo  
un corazon que os adora,  
del mal que hicisteis, señora,  
cuenta le daréis al cielo.  
Yo soy al amo muy fiel:  
le sirvo como él merece,  
aborrezco, si aborrece,  
y adoro lo que adora él.  
No me habria de mandar  
si él quisiera ver si mato;  
á perro de buen olfato  
le sobra con señalar.

LOLA. Si es que una gracia merezca  
quien tan mal le ha comprendido,  
un postrer favor le pido,  
dile que no me aborrezca.  
Que nada me queda ya:  
y cuando él quiera que muera,  
cuanto mas hondo me hiera  
mas mi gratitud será.  
Que por compasion le pido  
se vengue de cualquier modo:  
me resigno á todo, á todo,  
á todo, mas no á su olvido. (Vase Juan.)

## ESCENA VI.

LOLA, sola.

Me conmueve el hablar de él  
y estremecida me quedo;  
no sé por qué, tengo miedo  
de leer este papel.  
Acabemos; hoy se agota  
el cáliz, á no dudarlo.  
corazon, has de apurarle  
hasta la postrera gota. (Coge la carta y lee.)  
»¿Querrá el cielo que el alma dolorida  
»del mártir y olvidado peregrino  
»la senda apure de la triste vida

»sin ángel que le guíe en su camino?  
»Cuánto del porvenir mi vista alcanza,  
»sin color y sin luz mirando quedo:  
»desde que ha muerto el sol de la esperanza  
»mi pobre corazón dice *¡no puedo!*  
»En los bosques de América, de aloc  
»una caja me dieron, os la envío;  
»es de un tronco que el tiempo no corroe,  
»emblema fiel del pensamiento mío;  
»guarda una flor que vuestra mano bella  
»puso en las mias en dichoso día;  
»y atrás perdida en lejana huella,  
»van su perfume y la esperanza mía.  
»Si vuestra mano trémula y helada,  
»tiembla al abrirla, de pavor transida,  
»no lo extrañéis, será mi fé guardada  
»que acusa muda vuestra fé perdida.  
»El brazo desarmé de vuestro esposo  
»porque quizás os creyera mancillada:  
»también os ama: al conyugal reposo  
»sobra una vida de sufrir cansada.  
»Desde el poste confín á vos, querida,  
»se vuelve el alma en amoroso anhelo;  
»y entera y satisfecha en la partida  
»va á presentarse con su amor al cielo.»  
¡Dios mío! ¡Dios de Israel!  
Tú que amparas á los buenos,  
detenle un momento al ménos  
para que muera con él.

(Se dirige á la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQ. (Desde adentro.)  
Lola; Lola.

## ESCENA VII.

El MARQUÉS y LOLA.

LOLA. Es el Marqués,  
Dios eterno ¿á qué vendrá?

MARQ. Perdonadme, esposa, ya  
volver puedo á vuestros piés.

LOLA. (Con desesperada ansiedad.)  
¿Qué quereis?

MARQ. Para la mar

salía con mi dolor,  
lleno el corazon de amor  
vuestro acento al escuchar.  
Al muelle apenas salí,  
cuando ví temblando á Juan,  
lleno de angustia y afán  
venirse corriendo á mi:  
«¿Que hay? dije.—Prestadme ayuda:  
»el amo me ha despedido,  
»y mirad, me ha enriquecido.  
»¡Ay! ¡se va á matar sin duda!  
Á su cuarto corrí al punto,  
y allé á don Diego escribiendo,  
las lágrimas comprimiendo,  
pálido como un difunto.  
Al verme tomó cortés  
su natural desenfado,  
y me dijo con agrado:  
«¡Hola! ¿á qué venis, Marqués?»  
no sabiendo que decir  
á tan natural salida,  
dije á mi despedida,  
pues iba luego á partir.  
«Tambien yo dentro muy poco.»  
¿Quereis que salgamos juntos?  
»Vamos á distintos puntos,  
»y mi viaje es el de un loco.»  
Me estremeció, Lola mia,  
aquella frente angustiada,  
porque habia en su mirada  
un presagio de agonía.  
Pues bien una gracia sola  
pediros antes quisiera,  
dije por la vez postrera  
os habla, llorando, Lola.  
Y ahogado del sentimiento  
y arrasadas las mejillas,  
¡ay! le rogué de rodillas,  
y el cielo inspiró mi acento.

Con el alma enternecida  
ante ese gran corazón,  
yo os pido vuestro perdón:  
Lola os pide vuestra vida.

(Expansion de esperanza en Lola.)

No pude acabar... en cuanto  
mis palabras fenecieron  
sus ojos se convirtieron  
en dos raudales de llanto.

«Marqués, hacedla dichosa  
»cuanto yo soy desgraciado,  
»y os juro que equivocado  
»juzgasteis á vuestra esposa.»

Llamó á Juan, y á la fragata  
mandó llevar su equipaje,  
que va á emprender el viaje  
para el Río de la Plata.

(Lola cae sin fuerzas en el sillón.)

Lola, muerta ya la ira,  
he inclinado mi cabeza  
ante su inmensa grandeza,  
que os lo confieso me admira.  
Si en vuestro pecho, señora,  
hoy queda una amarga huella,  
sé que una alma como aquella  
quien la comprende, la llora.  
Perdonad á vuestro esposo  
si os desconoció por un momento  
no os comprendí: sólo siento  
que me venció á generoso.

Y si alcanzar no consigo  
vuestro amor, que vale tanto,  
de hoy más caerá vuestro llanto  
en los brazos de un amigo.

¿Hice bien, querida esposa?

LOLA. Sí, Enrique, esta sola acción

(Alargando la mano al Marqués.)

os vuelve mi estimación.

Teneis alma generosa.

Mas si una lágrima mía  
veís que en la mejilla arde,  
cuando en alas de la tarde

se vaya alejando el día,  
para un alma lacerada  
pediré gracia á los cielos:  
Enrique no tengais celos;  
es una deuda sagrada.

MARQ. Dad libre rienda al lamento,  
señora... yo no confundo  
los extravíos del mundo  
con un justo sentimiento:  
y esas lágrimas de duelo  
no las tengais comprimidas;  
yo sé, Lola, que hay heridas  
que sólo las cura el cielo.

LOLA. Enrique, yo no os creia  
tan bueno.

MARQ. Basta, señora,  
Dejad que concluya ahora,  
pues hice mas todavía ;  
y fué el rogarle por vos,  
que ántes nos viniera á ver,  
para tener el placer  
de darle el último adios.  
Y venir me prometió.

LOLA. (Con ansiedad.)  
¿Creeis que lo ~~com~~plirá?

MARQ. Sin duda, miradlo ya.  
(Volviéndose hácia la puerta.)

LOLA. Dios mi plegaria acogió.

## ESCE NA VIII.

DICHOS y D. DIEGO, sumamente desfigurado.

DIEGO. Señora, pronto á partir  
para climas muy distantes,  
he querido venir antes  
vuestro adios á recibir.

LOLA. (Con ternura, procurando dominar el llanto.)  
Comprendo que hay corazones  
que laten, pero hechos trizas.  
¿Qué os queda á vos?

DIEGO. ¡Las cenizas

de mis muertas ilusiones !

LOLA. ¿Y en donde hallareis consuelo  
que endulce vuestra existencia ?

DIEGO. Solamente en mi conciencia  
y en la esperanza del cielo.

## ESCENA ULTIMA.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Al llegar al lado de Diego.)

Mi amo, zarpan.

(D. Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda á Lola. En el momento de estrecharla vacilan sus fuerzas: se desprende y arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luego el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.)

LOLA. (Viéndole salir.) ¡La raíz  
me arranca del corazón!

MARQ. ¡Qué grande es su afliccion !

(Se oye un cañonazo y cae Lola de rodillas levantando las manos al cielo.)

LOLA. ¡Dios mio, hacedle feliz!

FIN DEL DRAMA.





# EXCMO. SR. D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,

*Conde de San Luis.*

Muy Sr. mio: Creo que pesa un deber de delicadeza y gratitud sobre todos los que cultivan con fe la literatura dramática, de pagar un tributo de justa correspondencia á los desvelos y laudables esfuerzos del hombre que en el poder pretendió hacer de la literatura una carrera digna, considerada y gloriosa.

Yo, que la he emprendido con tanta fe como el que mas, pensé desquitarme de esta deuda, dedicando á V. E. mi primera produccion: entónces era V. E. ministro, y este fué el único motivo que me impidió hacerlo: la poca conciencia de la propia fuerza me hacia apocado, y el temor de que mi insignificante dedicatoria pareciese una adulacion, me hacia orgulloso.

Hoy que estas consideraciones han perdido alguna parte de su fuerza, tengo el honor de dedicarle las *ESPINAS DE UNA FLOR*, sintiendo solo el que esta obra no sea tan digna de su buen talento como yo quisiera.

Con esta ocasion me complazco en renovar á V. E. mis respetos, y en repetirme de V. E.

S. S. Q. B. S. M.

*J. Campredón.*

Madrid 13 de Marzo de 1852.



SR. D. FRANCISCO CAMPRODON.

Muy Sr. mio, de todo mi aprecio: La carta con que me ha honrado V. ayer ofreciéndome la dedicatoria de su segunda comedia ESPINAS DE UNA FLOR, es para mí una flor sin las espinas que en otras tantas he hallado. En ese mismo conato mio que ha movido á V. á dedicarme su obra, en el deseo que siempre me ha animado de proteger el talento y de estimular á cuantos pueden demostrar al mundo que nuestra pobre patria produce aun dignos descendientes de los que con sus trabajos literarios llevaron el nombre español á todos los ámbitos de la tierra, ¡cuántas espinas me han punzado, no ya las manos, sino el corazon y el alma!

Sea, pues, bien venida esa flor que  tiene la bondad de enviarme. Ella será para mí una siempreviva que conservaré toda mi vida con gratitud sincera. Solo siento que en cambio de un don que tanto estimo por su índole y por la ilustrada persona de quien procede, nada pueda ofrecer á V. sino la estéril, pero verdadera amistad de su afectísimo y atento servidor

Q. B. S. M.

*El Conde de San Luis.*

Madrid 14 de Marzo de 1852.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

D. DIEGO CARVAJAL, de 36 años. . . . . D. JOAQUIN ARJONA.  
D.ª ELENA DE VILLENA, su esposa, de 20 años. . . . . D.ª MARIA RODRIGUEZ.  
LOLA, Marquesa de Montero, de 27 años. . . . . D.ª TEODORA LAMADRID.  
P. JOSE, de 70 años. . . . . D. ENRIQUE ARJONA.  
CARLOS, negro de 22 años. . . . . D. MANUEL OSSORIO.  
EL DOCTOR, de 50 años. . . . . D. N. N.  
UNA DONCELLA. . . . . D.ª N. N.  
UN CRIADO. . . . . D. N. N.  
UN MARINERO. . . . . D. N. N.  
LA ABADESA. . . . . SRA. CAMPOS.  
LA PORTERA. . . . . D.ª N. N.

Comunidad de religiosas.

La época es en 1820, y el lugar donde pasa la accion la rada de Anton Lizardo, á cuatro leguas de Veracruz.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala de una quinta elegantemente amueblada: dos puertas á la derecha, que comunican á las habitaciones interiores: dos puertas en el centro, de las cuales la de la derecha se supone que baja al jardín, y la otra comunica con el exterior: á la izquierda, en primer término, ventana, balcón ó mirador, con vista al mar, y puerta en segundo.—Al correrse el telón se vé á Carlos en la puerta de entrada, como si estuviese hablando con un criado, que no está á la vista del espectador; habrá dos mesas: encima de la una varios libros, y en la que está más cerca de la ventana, un antejo marino, etc...

### ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

¿No ha vuelto aun? pues lo siento:  
preciso es que me resuelva  
á esperar hasta que vuelva: (Entrando.)  
en fin tomemos asiento.  
(Se sienta y observa los muebles.)  
¡Qué lujo tan especial  
tiene este hombre en todo! Es justo,  
todo respira aquí el gusto  
de don Diego Carvajal.  
Es raro por vida mia  
que jamás de él se despinte

ese sombreado tinte  
de vaga melancolia;  
tiene talento, valor;  
tiene hacienda, posicion,  
un hidalgo corazon,  
y una mujer .. ¡qué mujer!  
Cuando la fortuna ingrata,  
el poder hispano hundiendo,  
le obligó á dejar, huyendo,  
las orillas de la Plata,  
emigrando á tierra extraña  
nos trajo á todos acá,  
que es en América ya  
el postrer resto de España.  
Hasta aqui todo se explica :  
lo que hallo mas singular  
es que hiciese edificar  
esta posesion tan rica  
junto al mar, en una rada,  
tan lejos de Veracruz...  
Por la Virgen de la Luz  
que es excéntrica humorada:  
vamos á ver, ¿quién le quita  
vivir como un potentado?  
y prefiere estar aislado  
aquí como un cenobita.  
Aunque pensándolo bien,  
con tan galana beldad,  
la mas triste soledad  
se convierte en un eden.  
¡Qué mucho que con tal perla  
sea feliz un esposo,  
si yo me siento dichoso  
con soñar, callar y verla!  
¡Dios mio, porqué razon  
nos pintó la suerte avara  
tan distinta nuestra cara  
siendo el mismo el corazon!  
¡Ah! si á lo menos viviera  
mi padre cual gozara hoy  
al ver que tan jóven, soy  
un capitan de carrera,

de un bergantín suyo, el Diego,  
con seis cañones por banda,  
que es relámpago si anda  
y un castillo si hace fuego.  
Bien que en la época presente,  
(Levantándose.)  
á no mandarlo así armar,  
¿quién se atreve á navegar  
con tanto buque insurgente?  
(Mirando á la ventana.)  
Allí está: es una monada  
verlo cuando la mar crece,  
lo coqueton que se mece  
sobre la muerta oleada.  
¡Por Cristo! ganas me dan  
de topar á un insurgente  
para probar á mi gente.

## ESCENA II.

D. DIEGO y DICHO.

- DIEGO. Buenos días, capitán :  
¿cuándo os poneis en franquía?
- CÁRLOS. Completo ya el cargamento,  
aprovecharé el buen viento  
zarpando este medio día.
- DIEGO. ¿Vais contento?
- CÁRLOS. No por Dios
- DIEGO. ¿Qué falta á vuestro reposo?
- CÁRLOS. Nada : me voy pesaroso  
porque os dejo triste á vos.
- DIEGO. Desechad esa aprension :  
es mi genio siempre así.
- CÁRLOS. Mas alegre os conocí.
- DIEGO. Quizá no os falte razon ;  
mas hoy ¿quién puede vivir  
placentero en esta tierra,  
si en todas partes la guerra  
hace su estrago sentir?  
las colonias españolas  
son presa de males graves,

- sin que ni una de sus naves  
venga á surcar estas olas;  
y del continente hispano  
en la opulenta region  
sólo nos queda el giron  
de este reino mejicano.
- CÁRLOS. Dejad que ruede la bola,  
vos no la habeis de parar.
- DIEGO. Es que no puedo olvidar  
que tengo sangre española.
- CÁRLOS. Verdad que es un sacrificio  
dejar el nativo hogar:  
mas vos no os debeis quejar;  
fuera quejarse de vicio;  
sois jóven, sois poderoso,  
el cielo os dió una mujer  
que cifra todo su ser  
en el amor de su esposo.  
Don Diego, no es tan siniestra  
vuestra estrella combatida:  
muchos darian su vida  
por un dia de la vuestra.
- DIEGO. ¡Quién sabe, Cárlos, quién sabe!
- CÁRLOS. Pues no puedo adivinar...
- DIEGO. Sois jóven para juzgar  
lo que dentro un alma cabe.
- CARLOS. ¿Pues si posicion mas alta  
á conquistar aspirais,  
no teneis cuanto anhelais?
- DIEGO. Excepto lo que me falta.
- CARLOS. ¿Qué os falta á vos?
- DIEGO. Nada, Cárlos;  
y pues tranquilo me veis,  
males que no comprendeis  
no querais adivinarlos.
- CARLOS. Si os pudiese yo dejar  
tan feliz como deseo...
- DIEGO. Lo creo, Cárlos, lo creo:  
(Estrechándole la mano.)  
y bien, ¿os gusta la mar?
- CARLOS. Mucho: os juro por mi nombre  
que al perderme en su extension

encuentro mi profesion  
la sola digna del hombre;  
porque á lo menos allí  
lucha sólo el pensamiento  
contra el cielo y agua y viento,  
que se vienen contra mí.  
Y en tanto mi dignidad  
lisonjeo satisfecho,  
porque siento algo en mi pecho  
mayor que la tempestad.  
Y es el aliento divino  
que en medio de la tormenta  
se levanta y acrecienta  
en el alma del marino.

DIEGO. Por cierto que me gustaba  
esa escena grandiosa  
en época mas dichosa  
en que tambien navegaba;  
nunca he podido encontrar  
sobre la tierra sombría,  
la dulce melancolía  
que hay en las noches del mar.

CÁRLOS. Cuando la luna bendita  
sobre las aguas retrata  
sus anchas cintas de plata  
que el mar ondulando agita;  
á sus tibios resplandores,  
sería un eden la vida  
con una mujer querida  
para razonar de amores:  
pero solo, sin consuelo,  
un suspiro el alma arroja,  
y no hallando quien le acoja  
se va mi suspiro al cielo.

DIEGO. Suspirar vos, ¿y por qué?

CÁRLOS. Porque vivo en soledad.

DIEGO. Vamos, decid la verdad:  
¿teneis amor?

CÁRLOS. No lo sé.

A vos debo la carrera  
que de concluir acabo  
y el alma de un pobre esclavo

se levantó de su esfera.  
Vuestra experiencia conoce  
que llega cierta ocasion  
en que nuestro corazon  
pide su parte de goce.  
De mi marina vivienda  
en la inmensa soledad,  
siento la necesidad  
de un alma que me comprenda,  
y la mirada afligida  
hácia el amor se dirige,  
sin hallar donde se fije  
en mi raza envilecida;  
en su mísera abyeccion  
no hay quien pueda concebir  
cierto modo de sentir  
hijo de la educacion.  
¿Y á qué mujer distinguida  
amaré con entusiasmo  
que no parezca un sarcasmo?

DIEGO. Oid, Carlos: en la vida  
hay tropiezos invencibles  
para toda criatura;  
y nuestra mayor tortura  
es desear imposibles.  
Hoy fermenta en vuestro pecho  
un gérmen de amor fecundo;  
capitulad con el mundo,  
tomadlo como está hecho:  
tras un bien vais desalado  
que nunca habeis conocido;  
y creedme, el bien perdido  
es peor que el bien no hallado;  
quizá algun dia encontréis  
una angelical criatura  
á quien dar vuestra ternura;  
del porvenir ¿qué sabeis?  
para ser afortunado,  
para vivir y gozar,  
el que nada ha de olvidar  
tiene mucho adelantado.

CÁRLOS. Pero en los mas verdes años...

de nuestra vida en la flor,  
el que vive sin amor...

DIEGO. Se muere sin desengaños.

CÁRLOS. Sentencia desesperada  
vuestro labio me predice.

DIEGO. La experiencia es quien lo dice;  
yo, Carlos, no digo nada.

### ESCENA III.

DICHOS y ELENA.

ELENA. ¿Y qué dice la experiencia?

CARLOS. Que el mortal afortunado  
que tiene una Elena al lado,  
halla un cielo en la existencia.

ELENA. Diego, ¿lo crees tú así?

DIEGO. Quieres tú ¡donosa idea!  
que en los ángeles no crea  
cuando yo te tengo á ti?

ELENA. Pues por qué estás triste?

DIEGO. Elena...

ELENA. Me tienes muy enfadada,  
te fuiste sin decir nada,  
y esto me da mucha pena.  
¿Estás disgustado, Diego?

DIEGO. No, querida, no; al contrario,  
fué un olvido involuntario.

ELENA. Que no los tengas te ruego,  
porque no quiero que el lazo  
de nuestro amor tenga fin:  
yo ni aún bajo al jardín  
sin ir á darte un abrazo.

DIEGO. Eso consiste, querida,  
en que eres mejor que yo.

ELENA. Perdona, Diego, eso no,  
pero no soy distraída.

CARLOS. (Dios mio, cuánto le adora!)  
Don Diego, si permitís... (En actitud de irse.)

ELENA. ¿Carlitos, cuándo partís?

CÁRLOS. Dentro de un rato, señora.

ELENA. Llamadme Elena, pardiez,

no quiero tanto cumplido:  
¿acaso vos no habeis sido  
mi amigo de la niñez?  
Si lo repetis me enfado;  
conque tenedlo entendido.

CARLOS. Elena, yo no me olvido  
que soy hijo de un criado.

ELENA. Perdonad, Carlos si os digo  
que acá nadie os ha tratado  
como al hijo de un criado,  
sino como á nuestro amigo.

CARLOS. Lo sé. Elena, y sentiria  
morir sin haceros ver  
cuál lo sabo agradecer  
y lo aprecia el alma mia.  
Si algo teneis que mandar,  
partiré en breves instantes.

ELENA. Nada, pero espero que ántes  
nos volvais á saludar.

#### ESCENA IV.

ELENA Y DIEGO.

ELENA. ¿Has visto qué gallardía,  
y apenas le apunta el bozo?

DIEGO. Por cierto que vale el mozo  
lo que su padre valia.

ELENA. A no amarte con la vida,  
hoy por la primera vez  
te hablára con esquivéz.

DIEGO. ¿De que te quejas, querida?

ELENA. Cumpleaños de nuestra union  
es hoy, y lo has olvidado.

DIEGO. Calla, es verdad, he faltado.

ELENA. Diego, no tienes perdon.

DIEGO. Son los recuerdos mejores  
que conserva el alma mia  
los de tan hermoso dia...  
voy á cogerte mis flores.

ELENA. No te incomodes por mí,  
que ahora al jardin me bajo,

y te ahorraré el trabajo  
cogiéndolas para ti.

## ESCENA V.

DIEGO.

(Viéndola salir.)

Y siempre así : de qué rebelde hechura  
está formado el corazón humano,  
que no pueda pagar esa ternura,  
capaz de embellecer una existencia,  
con el amor inmenso  
que merece esa santa criatura?  
¿En dónde está la voluntad que quiere,  
que no sabe curar la acerba llaga  
de una llama voraz, que no se apaga,  
de un recuerdo de amor que nunca muere?  
Bien se conoce en todo  
que formó Dios el corazón de lodo.

## ESCENA VI.

DICHO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. ¿Y bien, Diego?

DIEGO. (Tendiéndole la mano.) ¿Sois vos?

P. JOSÉ. ¿Ni en este día,

en que bienandanza mensajero  
espléndido de luz, el sol envía  
su rayo placentero,  
ha de haber una tregua á la tristeza  
que nubla vuestra frente?

Esta aurora de amor ¿nada os inspira?

DIEGO. Para el alma doliente que suspira,  
es el día y la noche indiferente.

P. JOSÉ. ¿Y siempre ha de durar?

DIEGO. Hace cuatro años

que apuré, padre, del dolor la copa  
al dejar con mis solos desengaños  
las encantadas playas de la Europa;  
vos solo conocéis mi triste historia;

- murió mi corazon desde aquel dia,  
dejando en mi memoria  
un velo de mortal melancolia.
- P. JOSÉ. ¿Conque ni el casto amor de vuestra Elena  
ha bastado á menguar en vuestro pecho  
la funesta pasion que os encadena?
- DIEGO. ¿A menguarla decis? Bulle en mi mente,  
arde en mi corazon, hierve en mi idea ;  
ella es quien surca en mi tostada frente,  
y quiere Dios que mi martirio sea.
- P. JOSÉ. Callad, callad por Dios: si á los oidos  
llegan de vuestra esposa esas palabras,  
¡cuántos sueños de amor desvanecidos,  
cuánta ilusion perdida  
vendrian á amargar de esa criatura  
la riente alborada de la vida!
- DIEGO. Harto os lo dije, que era un sacrilegio  
ir al altar á coronar de flores  
la sien de un ángel que de amor viviendo,  
necesita aspirar aura de amores.
- P. JOSÉ. Diego, no destruyais con vuestra pena  
la mas hermosa accion de nuestra vida;  
cuando su padre, el general Villena,  
herido mortalmente,  
fió á vuestro cuidado  
el porvenir de su adorada Elena,  
jurásteis ampararla, como honrado.  
«Mi hija te ama, os dijo, eres mi amigo;  
»Si tu cariño y amistad le falta  
»no le queda en la tierra más abrigo.»
- DIEGO. Por la misma razon que ella es un ángel,  
en cuya frente la inocencia asoma,  
no debí darle un corazon marchito  
como una flor que evaporó su aroma.
- P. JOSÉ. ¿Y por qué nó? El ánima esforzada  
que, ahogando sus pesares,  
colocó entre ella y la mujer amada,  
la zanja inmensa de los anchos mares,  
¿habia de ser débil y encogida  
al encontrar un ángel como Elena,  
para caer vencida  
ante un deber que la moral ordena?

- DIEGO. Pero, sabeis que entónces como ahora  
en mí llevaba una mortal herida,  
que el alma me devora,  
y durará lo que mi triste vida.
- P. JOSÉ. Diego, esos sentimientos de ternura  
que dan al alma ensanche  
y que honda huella en nuestra vida imprimen,  
el cielo no ha querido que los manche  
ni los sèpulte el lodazal del crimen:  
conozco su influencia,  
y sé que pasan cual boton de fuego,  
que dejo un hondo surco en la existencia:  
mas sé tambien que en vuestros corazones  
hay fuentes mil que no se secan nunca,  
y al escuchar el llanto de los hijos,  
brotan un nuevo raudal si otro se trunca.  
Y os lo dije: si càbe un lenitivo  
que reanude del vivir los lazos,  
sólo le encontrareis sobre la tierra  
cuando estrecheis un hijo en vuestros brazos.
- DIEGO. Si: vos reanimasteis mi esperanza  
(Con abatida distraccion.)  
mostrándome en lejana perspectiva  
una época de olvido y bienandanza  
que no espero alcanzar.
- P. JOSÉ. No de esa suerte.  
aumenteis el sombrío colorido  
que en vuestro rostro sin cesar se advierte:  
anime ese semblante decaido  
la fe que infunde el alma combatida  
el sentimiento del deber cumplido.  
¿No teneis una esposa que os adora?
- DIEGO. Padre, á no ser por vos, mas de mil veces  
hubiera dado rienda á mi tormento  
pidiéndola perdon de mi injusticia,  
pues tengo de su amor remordimiento.
- P. JOSÉ. ¿Qué hubieras conseguido?  
¿Amargar la ilusion de esa alma beila,  
matando sus placeres con decirle  
que vuestro corazon no es para ella?  
¿Y es este el pago que su amor merece?
- DIEGO. Teneis razon, despues lo sentiria:

sabeis que yo la quiero, y si en el alma  
no queda mas amor, no es culpa mia.  
P. JOSÉ. Bien, Diego, bien; vuestra alma es generosa:  
todo infeliz en vos halló consuelo,  
y no permita el cielo  
que seais sólo injusto con la esposa.

## ESCENA VII.

DICHOS Y ELENA, que entra con una porcion de flores.

ELENA. No me caben en la mano,  
vacío dejé el jardin.  
(Al P. José). Gracias que os vemos al fin;  
¿por qué os fuisteis tan temprano?

P. JOSÉ. Hija, tuve que cumplir  
una obligacion sagrada.

ELENA. Entónces no he dicho nada.

P. JOSÉ. ¿Qué, me querais reñir?

ELENA. No por cierto: bueno fuera  
que en tan placentero dia  
á su ayo y á su guia  
su discipula riñera!  
(Dando las flores á Diego).  
Tómalas.

DIEGO. Gracias, querida.

ELENA. Son el don de mis amores,  
ménos bellas que las flores  
de tu amor sobre mi vida.

DIEGO. ¡Angelical criatura!

ELENA. (Al P. José). Vamos, decidme algo vos.

P. JOSÉ. Que la bendicion de Dios  
haga eterna tu ventura.

ELENA. Siempre lucirá serena  
mi existencia entre los dos,  
porque siempre fuisteis vos  
el ángel bueno de Elena.  
Fuisteis de mi infancia el guia,  
formásteis mi corazon  
y os debo mi educacion.

P. JOSÉ. Y me envanezco, hija mia.

ELENA. Pobre discipula he sido.

- P. JOSÉ. Sabes lo que has de saber :  
la ciencia de la mujer  
es amar á su marido.  
¿Y Carlos?
- ELENA. Há poco vino ;  
cuando entrabais, él salía.
- P. JOSÉ. ¿Cuándo parte?
- ELENA. Al medio día.
- DIEGO. Será un bizarro marino,  
que honrará al padre José.
- P. JOSÉ. Es muy honrado y cumplido :  
tan leal y agradecido  
como su padre lo fué.
- DIEGO. Si vieseis cual se amedrenta  
ante el ageno pesar.
- P. JOSÉ. No importa : su alma en la mar  
se crece con la tormenta.  
Vereis cual sabrá cumplir  
el lleno de su deber :  
yo le he enseñado á creer  
y el mar le enseña á sufrir.

## ESCENA VIII.

DICHOS, y CARLOS.

- CARLOS. (Desde la puerta.)  
Señores, si dais permiso...
- DIEGO. De vos se está hablando ; entrad.
- CARLOS. Dispuesto á hacerme á la vela  
me ocurre un estorbo.
- DIEGO. ¿Cuál?
- CARLOS. Que en el lejano horizonte  
Me parece divisar  
un buque de grueso porte.  
que á no mentir la señal  
á una goleta española  
dando viva caza va.
- DIEGO. ¿De veras?
- CARLOS. Dadme el antejo.  
(Lo toma y se acercan todos á la ventana.)  
Mirando, No me engaño, no,

(Dándolo a Diego.)

Mirad.

¿la veis?

DIEGO. Efectivamente.  
flotando en su tope está  
el escudo de Castilla ;  
y parece navegar  
con rumbo hácia Veracruz :  
es de guerra.

CÁRLOS. Ahora observad  
al que tiene á barlovento.

DIEGO. Es un buque colosal  
con bandera colombiana

CÁRLOS. ¡Que no lo trague la mar!  
¿No os dije? un insurgente.

DIEGO. Bien pronto la alcanzará,  
porque la ha ganado el rumbo  
y es buque de más andar.

CÁRLOS. Vira y larga todo el trapo,  
que así te salvas quizás.

DIEGO. Pues no vira.

CÁRLOS. Es que sin duda  
quiere el combate aceptar  
con su cáscara de nuez.

P. JOSE. Bravo será el capitán.

DIEGO. Pone la enseña á media asta.

CÁRLOS. Pidiendo socorro está,  
y no creo que la puedan  
de Veracruz divisar.

DIEGO. Hola... (Soltando el antejo.)

CRÍADO. (saliendo) Señor...

DIEGO. Al momento.  
que ensillen el alazan.  
Hierva la sangre en mis venas.  
sin poderlo remediar.  
al mirar así humillado  
nuestro orgullo nacional.  
Cárls, ¿os atreveríais  
esa goleta librar?

CÁRLOS. Que si yo me atreviera...

(Acercándose á la ventana y poniéndose las manos á  
los lados de los labios, grita.)

Ah del bergantin, zarpad ,

marinería á las bergas,  
pronto el aparejo á izar.  
(Se oye un pito que marca la maniobra.)  
¡Listo!

- DIEGO.           Cárlos, en vos fio.  
CÁRLOS. Veréis la que se armará;  
¿Pero y si pierdo mi buque?  
DIEGO. Con tal que vos no os perdais,  
haced de su casco astillas,  
que buque no os faltará.  
ELENA. Cárlos, tened mucho juicio;  
por Dios que no os espongaís.  
CÁRLOS. Señora, nadie da fondo  
si no cuando lo ha de dar:  
si está escrita allí mi hora,  
lo que haya de ser, será.  
DIEGO. Cárlos, yo parto al galope:  
si algun buque de guerra hay  
de Veracruz en el puerto,  
que irá á ayudaros contad.

### ESCENA ULTIMA.

Salen juntos un CRIADO, que se dirige á D. Diego, y un  
MARINO, que se dirige al capitán.

- CRIADO. El caballo está ensillado.  
MARINO. El buque, zarpando está.  
DIEGO. (Alargando la mano á su esposa),  
Adios, Elena.  
P. JOSE. (Abrazando al capitán).  
Adios, Cárlos.  
DIEGO. (A su criado).  
A Veracruz.  
CÁRLOS. A su marino). A la mar. (Saltando ambos),  
P. JOSE. (Levantando los ojos al cielo).  
Proteja el cielo al marino.  
ELENA. Dios me lo devuelva en paz.  
(Se asoma á la ventana para verlos salir, y saludán-  
dolos con el pañuelo. Cae el Telon).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

ELENA, á su doncella, CARLOS. que entra despues de la primera redondilla.

ELENA. Bien; á su cuarto tornad  
y estad con mucho cuidado;  
no os separeis de su lado:  
cuando despierte, avisad.

CARLOS. (Entrando). ¿Qué novedad os desvola  
que estais tan madrugadora?

ELENA. Por cuidar á esa señora  
me pasé la noche en vela;  
era tan triste su estado  
al desembarcar ayer...

CARLOS. Es verdad.

ELENA. «¡Pobre mujer,  
cuánto debe haber pasado!

CARLOS. Por cierto no creí yo  
salir tan bien del perance;  
porque fué apurado lance.

ELENA. Contadme lo que pasó.

CARLOS. Al zarpar ayer mañana,  
á las dos horas de viento,  
tenia ya á sotavento  
la fragata colombiana:  
la goletilla española,  
de balas acribillada,  
se batia encarnizada

casi á tiro de pistola.

Un marino distingua,  
que al tope se encaramaba  
y la bandera amarraba  
y la zágula rompía.

Bien, dije, bien por España,  
sin rendirse se va á hundir.

ELENA. ¿Y eso que quiere decir?

CARLOS. Que no lo entendais me extraña;

equivale á contestar:  
me bato hasta que me pierda,  
porque cortando la cuerda  
ya no hay medio de arriar.

A tan honroso acicate  
dejé yo flotar pareja,  
del pico de mi cangreja  
la bandera de combate,  
y como salva de honor  
á nuestro español escudo,  
dieron juntas un saludo  
las seis piezas de estribor.

Para la fragata fué  
mi salva poco oportuna,  
pués de las seis balas, una  
á flor de agua la clavé.

No le hizo gracia la broma,  
porque me probó tambien  
que conocia muy bien  
el juego de daga y toma.

Pues devolviendo cortés  
sus saludos á Castilla,  
me mandó una peladilla  
que me derribó el bauprés.

Bramando yo de corage  
al ver lisiado mi Diego,  
le puse la proa ciego  
ordenando el abordaje:  
del sol la serena luz  
en lontananza alumbraba  
buque español, que asomaba  
del puerto de Veracruz,  
la goletilla entre tanto,

hecha trizas la obra muerta,  
con sus héroes á cubierta  
se iba hundiendo y disparando.  
Ala, dije á la fragata,  
que ya nos viene refuerzo,  
hacha en mano y un esfuerzo,  
y hundimos á ese pirata.  
Deviólo de adivinar,  
pues dijo: ¿sí? pues me escapo:  
y largando todo el trapo  
puso la proa á la mar:  
seguir la caza queria,  
porque alcanzarla contaba;  
pero mi intento estorbaba  
la fragata que se hundía:  
á socorrerla acudí;  
sus marinos trasbordé  
y á esa señora encontré  
tambien, desmayada allí.  
De un general de valor  
ser la esposa me ha contado,  
que iba á Veracruz, nombrado  
de nuevo gobernador;  
y parece que en la accion  
batallando decidido,  
perdió la vida, partido  
de una bala de cañon.  
El nombre quise saber  
del buque batallador:  
fué la goleta «Candor»,  
salida de Santander.

- ELENA.   Cárlos, cuánto os agradezco  
tan bizarro proceder.
- CÁRLOS.  Por cumplir con un deber,  
señora, no la merezco.
- ELENA.   Cuando Diego sepa el hecho  
su gratitud será iumensa.
- CARLOS.  Yo tengo ya recompensa  
en el placer de mi pecho.  
y esa dama, cómo está?
- ELENA.   Me alarmó anoche su estado,  
mas su delirio ha cesado

y duerme tranquila ya.

## ESCENA II.

DICHOS y la DONCELLA.

DONC. Señorita...

ELENA. ¿Quién me llama?

DONC. Esa dama despertó,  
y por más que ruegue yo  
se obstina en dejar la cama.

ELENA. ¡Qué locura! La deten :  
si tenerse no podrá.

CARLOS. Así se distraerá ;  
señal que se siente bien :  
dejad hacer á esa dama,  
porque, Elena, en casos tales,  
las afecciones morales  
no se curan en la cama.

ELENA. ¿Creeis que sea mejor?

CARLOS. Yo al ménos la dejaría.

ELENA. Voy á hacerla compañía. (Vánse.)

CARLOS. (Mirándola.) Cariñoso ángel de amor.  
¡Cuánta ternura y encanto  
hay en tu casta sonrisa!  
¡cuán inocente es tu risa,  
cuán puro ha de ser tu llanto!  
¡Feliz el mortal que alcanza  
vivir en tu corazón,  
que es bella hasta la ilusión  
de amarte sin esperanza!

## ESCENA III.

LOLA, que sale apoyada en el hombro de ELENA.

ELENA. Bendiga el cielo la anhelada hora  
que en la suerte contraria,  
me permite mi estrella bienhechora  
tenderos una mano hospitalaria.

LOLA. Gracias sin fin : como os llamais?

ELENA. Elena.

- LOLA. Tras el atroz naufragio,  
vuestra mirada de ternura llena,  
de la piedad de Dios es el presagio,
- ELENA. Al menos hallareis un seno amigo,  
que en vuestros sinsabores  
y en vuestra adversa suerte os preste abrigo.
- LOLA. ¡Estoy tan avezada á sus rigores!...
- ELENA. Sus mercedes en mí, con tanto extremo  
el cielo ha prodigado,  
que siempre pido á Dios, cual bien supremo,  
el poder consolar á un desgraciado :  
ni un celaje ha turbado de mi vida  
el bello azul sereno,  
juzgad si debo pues agradecida  
partir el cáliz del dolor ageno.
- LOLA. Por mi desgracia, Elena, vuestra mano,  
que tantos males calma,  
su influjo bienhechor probára en vano  
para curar la soledad del alma.
- ELENA. ¿Y porqué, amiga mia? si el quebranto  
hoy con vos se afana,  
vereis como es mas dulce vuestro llanto  
vertiéndolo en el seno de una hermana.
- LOLA. Alma de ángel teneis.
- ELENA. ¿Creis, señora,  
que no me prodigarais  
el bien escaso que os ofrezco ahora  
si en mi lugar y caso os encontrarais?
- LOLA. Procurára imitar con eficacia.  
sentimientos tan bellos,  
mas sé que hay sufrimientos, por desgracia,  
que la mano mortal no llega á ellos ;  
cuando os hayan rasgado, amiga mia,  
del mundo los abrojos,  
comprenderéis, Elena, que hay un dia  
en que falta hasta el llanto en vuestros ojos.
- ELENA. Ya lo comprendo, porque á un hombre adoro  
con ciega idolatría,
- (Con candoroso sentimiento)  
y si Dios me robara este tesoro,  
yo creo que el dolor me mataría,
- LOLA. Os engañais: apurarais muda

una existencia amarga  
y sentiríais que esa pena aguda  
mata despacio, y la agonía es larga.  
También á mí me sonrió la vida  
con vergel de flores,  
brindándome su copa sin medida  
el ángel tutelar de mis amores ;  
y con el corazón embriagado  
miraba en lontananza  
el sendero mortal todo sembrado  
de dulce y melancólica esperanza.

ELENA. ¿No erais feliz entónces?

LOLA. Mucho Elena.

pero yo no sabia  
que esa corriente límpida y serena  
pudiese el mundo envenenarla un día :  
en una hora de olvido infortunada,  
ni mala estrella quiso  
que el corazón de la mujer formada  
borrase de la niña el paraíso.

ELENA. Pero la que bien ama, nunca olvida

LOLA. Harto mi mal lo llora :

habo una fatal época en mi vida,  
en qué el buen ángel me dejó, señora,  
Ahogó un momento mi recuerdo santo  
la vida bulliciosa;  
y al advertir que me ahogaba el llanto...

ELENA. ¿Volveríais en vos?

LOLA. ¡Ay! ya era esposa.

Entonces comprendió el alma afligida  
tras tanta pena junta,  
que hay dardos que se saltan de la herida  
dejando dentro su acerada punta.  
Con la mente febril oía atenta  
de un hombre la pisada,  
que iba á venir á demandarme cuenta  
de una existencia entera marchitada.  
Del corazón se alzó una voz extraña,  
que gritaba potente,  
es él, es él, y el corazón no engaña  
cuando las horas su mal presiente:  
llegó por fin en pos de su ventura,

y en su dolor sombrío,  
lanzó sólo un acento de amargura  
que rasgó como un garfio el pecho mio,  
¡Ay! yo le oía hablar cual si me viera  
del cielo despedida,  
vibrando aquella voz tan placentera  
todas las ilusiones de mi vida.  
A su acento de amor se renovaba  
la antigua pasión viva,  
y á detener en vano me esforzaba  
el corazón que á mi pesar se iba.  
Iba á partir, era el postrer momento  
que en el mundo le hallaba,  
y el labio, entre el sollozo y el lamento,  
le dijo que sufría y aun le amaba.

ELENA. ¿Que hicisteis?

LOLA. Confesar lo que sentía  
á costa del reposo,  
pues como el labio en su pasión decía  
lo estaba oyendo el marqués mi esposo.  
Ciego, celoso y de furor sediento  
salió y le retó á muerte,  
queriendo ahogar un triste sentimiento  
en la bárbara lucha del más fuerte :  
él batallaba porque ver creía  
su nombre mancillado,  
y el otro con su sangre defendía  
á la mujer que le hizo desgraciado :  
Dios protegió su brazo y mi inocencia,  
y él respetó la vida  
del hombre que atentaba á su existencia,  
dueño y señor de la mujer querida.  
Montero, así mi esposo se llamaba,  
al ver tanta hidalguía,  
comprendió en aquella alma que luchaba  
una grandeza que él no conocía ;  
y respetando entónces los pesares  
de una alma lacerada,  
mudo le vió surcar los anchos mares,  
para morir muy lejos de su amada.  
ELENA. ¡Entónces hallaríais el reposo  
tras tanto sufrimiento!

¿Verdad? porque yo creo que al esposo  
le debemos tambien el pensamiento;  
yo, á lo menos, que nunca he conocido  
más cariño que el suyo,  
con mi fé, con mi idea y mi latido,  
la dicha que me da le restituyo:  
y en languidez de amor, tranquilamente  
resbala el tiempo alado,  
pensando en él cuando lo lloro ausente,  
embebecida en él si está á mi lado:  
y por tanta merced inmerecida  
ante mi Dios me postro,  
yendo despues á reanimar la vida  
de la expresion de su moreno rostro.

LOLA. Guardad la santa fe de esa ternura,  
Elena; al cielo plegue  
que una nube sombría de amargura  
nunca á enturbiar vuestro horizonte llegue;  
pero si un dia esa mortal batalla  
vuestra vida atropella,  
veréis que el corazon tiene una valla  
contra la cual la voluntad se estrella.  
Elena, si un dia desgraciado,  
no culpable ligera  
hubiérais vuestra dicha arruinado,  
alzando entre los dos una barrera,  
y al descender despues á la conciencia,  
á examinar el hecho,  
viéseis que habeis jugado la existencia  
desterrando la paz en vuestro pecho,  
¿qué hicierais vos?

ELENA. Hubiera sucumbido  
velando mi tormento,  
buscando en vano bienhechor olvido.

LOLA. Y volará tras él el pensamiento.  
Y cuando luego á sostener desciende  
el alma, suspirando,  
la ruda lucha en que su honor defiende,  
pero en que lo defiende agonizando:  
cuando entre los objetos que nos cercan  
en vez del placer de ántes,  
hay dos labios enfermos que se acercan.

cuyas almas se encuentran muy distantes;  
cuando anhelando desahogar la queja,  
del alma dolorida,  
ansiéis llorar, pero el deber no os deja,  
¿comprendeis la tristeza de esta vida?

ELENA. Me haceis estremecer.

LOLA. Asi he pasado  
mi juventud, Elena ;  
y á costa del dolor, Dios me ha dejado  
la frente, al menos, levantar serena.

ELENA. ¿Y no os amó el marqués?

LOLA. Vivió sombrío,  
y en su dolor profundo,  
mostraba la existencia de un vacío  
que no podía compensarle el mundo:  
ávido de emociones, procuraba  
echar de su memoria  
el oculto pesar que le aquejaba.  
y fijó sus miradas en la gloria ;  
era un soldado de alma generosa,  
y á mi se acercó un día,  
diciéndome: doy gracias á mi esposa  
de haber guardado intacta la honra mia  
del opulento reino Mejicano  
en la lejanas olas  
aún de mil valientes en la mano,  
tremolan las enseñas españolas .  
no espero ya gozar días serenos,  
porque el vivir me hastía,  
pero mi triste vida quiero al menos  
darla en provecho de la patria mia ;  
quizás del campo en el bullicio inquieto  
se alejará esta sombra :  
Su Majestad, en un real decreto,  
gobernador de Veracruz me nombra :  
yo parto á aquel país: tan sólo os pido  
por favor postrero,  
que como el sufrimiento hemos partido,  
dividamos la hacienda de Montero.  
Intenté disuadirle de su idea,  
pero todo fué en vano ;  
le empujaba sin duda á la pelea

de un fatalismo el misterioso arcano:  
pues bien, le dije yo, ya que no pueda  
torcer vuestro camino,  
sacro un deber para llenar me queda,  
que es dividir, marqués, vuestro destino:  
nuestra triste existencia anudó un lazo  
de infortunio y de pena:  
hasta que llegue de la muerte el plazo.  
quiero vivir con vos. «Enhorabuena.  
»Hay un buque de guerra en la bahía  
»pronto á surcar las olas:  
»mañana, Lola, al despuntar el día:  
»dejaremos las playas españolas.»  
Llegábamos con bien á estas regiones,  
hasta que el insurgente  
el paso nos cerró con sus cañones,  
obligando al combate á nuestra gente.  
Ya sabeis lo demás: allí ha caído,  
luchando cara á cara,  
y allí hubiéramos todos perecido,  
si vuestro capitán no nos salvara.

ELENA. Quizás discurra más tranquilo ahora  
el tiempo que os espera,  
y luzca al fin una serena aurora  
tras vuestra nebulosa primavera.

LOLA. ¿Creeis que pueda ser?

ELENA. En nuestra vida,  
del tiempo la mudanza  
tras de las penas el placer convida.

LOLA. Sí, Elena, sí, habládme de esperanza:  
si alienta ese mortal á quien he amado  
con ciega idolatría,  
ayudadme á creer que no ha olvidado  
seis años de infortunio y agonía:  
al divisar la costa apetecida,  
parecía que el viento  
refrescaba mi frente en vejecida  
con brisas empapadas en su aliento.

ELENA. ¿Sabeis dónde se encuentra?

LOLA. Nada, Elena;

pero hallarle confío.

(Con fe y expansion.)

- y si la mueste respetó su pena,  
no lo dudeis... su corazon es mio.
- ELENA. Sí, mas no os agiteis.
- LOLA. No temais nada.  
dejad buscar salida  
á una triste pasion desventurada,  
que ha vivido seis años comprimida.  
(Se oyon cañonazos.)  
¡Ah!... (Con sobresalto.)
- ELENA. ¡Qué teneis!
- LOLA. Decid, porque ha sonado  
este fuego horroroso?  
(Acercándose á la ventana.)
- ELENA. Es nuestro buque que en la rada anclado  
hace salva á la vuelta de mi esposo.
- LOLA. ¿No vais á recibirle, hija mia?
- ELENA. Si fueseis vos tan buena  
que me lo permitieseis, bien iria.
- LOLA. (Abrazándola.)  
Id á gozar de vuestra dicha Elena.
- ELENA. Pero sola ¿qué hareis?
- LOLA. Estoy temblando.  
y he menester reposo:  
á mi cuarto me iré.
- ELENA. Vuelvo volando  
en cuanto abrace á mi querido esposo.  
(Acompaña á Lola hasta la puerta de su cuarto.)

#### ESCENA IV.

ELENA, tomando la capota.

¡Cuál late el corazon  
alborozado en el pecho,  
por tanta felicidad  
como me depara el cielo!  
Me parece oir rumor;  
sin duda está cerca Diego.  
(Acercándose á la ventana.)  
Dios mio ya está en el patio.  
¿Has venido bien?... Me alegro  
Cárlas le cuenta el combate.

Dí que te lo cuente presto;  
que quiero darte un abrazo...  
¿Bajo?... Pues subo al momento...  
Tanto, que parece que hay  
un siglo que no te veo.

## ESCENA V.

ELENA y DIEGO, que entra con el brazo sobre el hombro de  
CARLOS.

DIEGO. Muy bien, Carlos, muy bien, vuestra bravura  
estrecho más los lazos  
de amistosa ternura,  
con que la hija de Juan he distinguido:  
¿Qué queréis hoy de mí?

CARLOS. ¿Yo? vuestros brazos,  
si creéis que los haya merecido.

DIEGO. Tomadlos, pues pagáisme con usura  
el bien escaso que os brindó mi mano.  
(Volviéndose á Elena.)  
¿Cómo estás tú, querida?

ELENA. Feliz cual pueda serlo una criatura.

DIEGO. Dios te hizo, Elena, un ángel de ternura.  
para endulzar los males de la vida.

ELENA. Tenemos una huésped. ¡Si vieras  
cuán bella y desgraciada!

DIEGO. No puede serlo junto á ti.

ELENA. ¡De veras!

DIEGO. No soy quien lo digo, amiga mía,  
que es la comarca entera,  
que su consuelo en tus bondades fia.

ELENA. Yo lo aprendí de ti.

DIEGO. (Con mucho cariño.) Anda, y procura  
que el rico manantial de tus cuidados  
haga menos cruel su desventura..

ESCENA VI.

DIEGO y CARLOS, que se han quedado lánguidamente extáticos escuchando á Elena.

DIEGO. (Echándole el brazo en el hombro.)  
Carlos, ¿en qué pensais?

CÁRLOS. (Volviendo en sí.) En nada.

DIEGO. ¿En nada?

vamos, abridme el corazon entero,  
que en tan bella jornada  
nubes en torno, de pesar no quiero.  
¿Teneis algun oculto sentimiento?

CÁRLOS. Es una idea vaga.  
que absorviendo constante el pensamiento,  
no se si me atormenta ó si me halaga.

DIEGO. Se me antoja que estais enamorado..

CÁRLOS. Mucho lo sentiria,  
porque ya veis, señor cuanto perdiera  
un sentimiento tierno y delicado  
bajo la tinta de la cara mia.

DIEGO. Teneis razon, pues todos comunmente  
cuando abrimos el alma á los amores  
con nuestro corazon solo contamos,  
sin fijar nuestra mente  
en que el delirio aquel que nos aqueja  
de un hermoso semblante lo heredamos.

CÁRLOS. ¿Por qué Dios no nos deja  
que cuando, al menos, por amor penamos,  
demos siquiera curso á nuestra queja?

DIEGO. ¡Ay, pobre Carlos, qué espinosa senda  
empezais á seguir! No es poca dicha  
si podeis encontrar quien os comprenda;  
cruzais la edad del goce  
en que se entrega el corazon sin dolor;  
cuando el primer harpon os lo destroce,  
consuéleos el pensar que no estais solo.  
¿Veis esa humanidad que se rebulle?  
Pues figuraos ver un cementerio  
en que, como la huesa al muerto engulle,  
cada cual va escondiendo su misterio :

y de su pena y de su afan cargado,  
va siguiendo adelante,  
llevando un misterio sepultado  
en su nicho ambulante.  
Un misterio de lágrimas que aterra,  
que solo Dios al distinguirlo alcanza;  
y en urna santa de recuerdos cierra  
la marchitada flor de la esperanza.  
Si pudiese leerse en lo más hondo,  
donde la hiel su líquido acibara,  
en cada corazon vierais un fondo  
más negro que el color de vuestra cara.

CARLOS. Entónces es mentida

la esperanza feliz que nos diseña  
como un verjel de flores nuestra vida.

DIEGO. Si así lo es, gozad de ese paisaje  
contemplando las hojas purpurinas;  
mas no metais la mano en el ramaje,  
porque os van á hacer sangre las espinas.

CARLOS. ¿Qué saca pues del mundo aquel que no ama?

DIEGO. Muchas veces me he hecho esa pregunta,

CARLOS. Se me antoja, don Diego, que esta llama  
es cuanto tiene de placer la vida ;  
pues cuanta gloria á nuestro esfuerzo junta  
es para darla á la mujer querida.

DIEGO. Desear y esperar, esta es la herencia  
que nuestras madres al nacer nos legan,  
y nutrir de ilusiones la existencia,  
què nunca acaso á realizarse legan.  
Aquel que un puro amor siente y concibe  
dentro su corazon, tiene un aroma  
que sólo el que lo tiene lo percibe,  
que el ser dilata, que el dolor amengua ;  
y al quererle dar forma la palabra,  
no sabe traducirlo nuestra lengua :  
no lo fijeis en nadie, os lo aconsejo,  
porque castiga Dios con mano dura  
al que gasta el aroma de su vida  
en el profano amor de una criatura.

CARLOS. ¿Y vos me aconsejais de esa manera?  
¿vos, que cruzais el mundo venturoso  
en florida y perpétua primavera?

DIEGO. Por la misma razon que soy dichoso,  
No puedo hablar mejor de la materia  
y desmentir aquel refran que dice,  
cómo habla cada uno de la feria:  
escuchad: si el objeto á quien dais culto  
en lugar del amor, el oro fuera,  
¿pondriais vuestros fondos en las manos  
de un comerciante que quebrar pudiera?  
¿Verdad que no lo hariais? Pues entónces,  
¿por qué vais imprudente  
á arriesgar la ilusion de vuestra vida,  
dejándola pendiente  
del corazon de la mujer querida?  
Vos me daréis sin duda  
una sola respuesta que os abona,  
que cuando uno ama, la razon es muda,  
y con el corazon no se razona:  
tambien eso es verdad; más si áun es tiempo,  
guardad intacta esa ilusion hermosa  
que surge á embellecer vuestra existencia:  
guardad esa esperanza venturosa  
que en vos se ha despertado,  
adorando en la idea, en la creencia,  
pero no en la mujer que os lo ha inspirado;  
porque ese vago anhelo, esa esperanza,  
que sin duda crear el cielo quiso  
para alentar nuestra mortal miseria,  
es una bella flor del paraíso,  
que muere al acercarse á la materia:  
¿pensais que es poca dicha la que os presta  
ese bello ideal en la memoria,  
y tener siempre el alma predispuesta  
á los bellos arranques de la gloria?  
Dad á vuestra ilusion el parecido,  
el tierno sentimiento  
y la lánguida faz de vuestra amada:  
más no le deis su vida ni su aliento,  
si quereis conservarla inmaculada:  
porque al vivir en vos, vive robusta  
sin ser más que una hebra:  
si una mujer la guarda entre sus manos  
un dia ú otro sin pensar la quiebra.

CARLOS. Pero así no se alcanza  
un día de placer en nuestra vida.

DIEGO. (Con intención.)  
Más vale que murais con esperanza  
que el que vivais y la lloréis perdida;  
idos, si no, decid á una criatura,  
yo cuajo el ser y el pensamiento mio  
y absorto de mi vida la ternura,  
y todo junto á tu pasión lo fio:

X desde este instante habreis enagenado  
la dicha y el placer de vuestra vida,  
porque amanece un día desgraciado  
en que ama el hombre y la mujer olvida.

CÁRLOS. Pero entonces, don Diego,  
á mi vez á la ingrata olvidaría.

DIEGO. ¿Creeis que el hombre que ha quedado ciego  
llegue á olvidar jamás la luz del día?  
No olvida, Cárlos, la recuerda triste,  
y en funesta oscuridad sumido,  
mirando atrás, el alma se resiste  
á renunciar un bien que se ha perdido,  
y á medida que avance nuestra planta,  
(En este momento aparece en la puerta el P. José.)  
cabe al fin de la fúnebre existencia  
sentireis que implacable se levanta  
la cruel necesidad de su presencia:  
constante en la memoria  
os seguirá este amor hasta la gloria,  
como sigue la sombra al cuerpo inerte,  
y en el alma dormido,  
el más ligero son que le despierte,  
se levanta encarnado en el latido;  
y arrastrando la vida á tropezones  
y consumido por la ardiente llama,  
en la melancolía,  
preguntaréis al cielo cada día:  
¿dónde está el desenlace de este drama?

## ESCENA VII.

DICHOS y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Tomándole la mano.)

En otra parte, en donde la ventura  
cifrada en otro objeto, no depende  
de la fragilidad de una criatura.

DIEGO. Bendito, padre, vuestro suave acento,  
que sostiene la planta vacilante  
de un cansado mortal, faltar de aliento.  
(Se abisma en un sillón, apoyando la cabeza en la  
mano.)

CÁRLOS. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho? ¿qué mudanza  
¿En esta santa y plácida morada [es esa?  
también el infortunio deja impresa  
la salvaje señal de su pisada?  
¡Ay! pobre ilusión mía:  
vive en mi corazón inmaculada,  
y embriagado en tu mística dulzura  
yo te guardaré pura  
en el seno del alma sepultada.

P. JOSÉ. Carlos.

CÁRLOS. ¿Qué me queréis?

P. JOSÉ. Elena os llama  
para que deis el brazo  
por los jardines á esa hermosa dama.

## ESCENA VIII.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Acercándose cariñosamente á Diego.)

Dominad ese trastorno  
que agita vuestras pasiones,  
y escuchad las bendiciones  
que se alzan de vos en torno.  
¿No veis que vuestro dolor  
puede llenar de amargura  
el alma de esa criatura  
que vive de vuestro amor?

DIEGO. Teneis razon, padre mio:  
cuando en recuerdos me pierdo,  
encuentro algo en el recuerdo  
que domina mi albedrío.

P. JOSÉ. Olvidad lo que pasó:  
no veis que es ya una quimera?

DIEGO. ¡Olvidad! ¿qué más quisiera  
que poder olvidar yo?

P. JOSÉ. ¿No veis vos que de esa suerte  
enconais más vuestra herida?

DIEGO. Esa mujer fué mi vida  
y será también mi muerte.

P. JOSÉ. Diego, me enfado de veras  
si dais en esos extremos.

DIEGO. Teneis razon, padre; hablemos  
de cosas mas lisonjeras.  
Decidme: ¿habeis ido á ver  
á los náufragos?

P. JOSÉ. He ido,  
y á todos he socorrido,  
cual me mandásteis hacer:  
todos vierten sobre vos  
un colmo de bendiciones:  
creed, Diego, que esos dones  
son los más gratos á Dios;  
hay una noble señora  
que en el combate horroroso  
vió sucumbir á su esposo:  
con ella está Elena ahora.

DIEGO. Me lo ha contado al llegar.  
¿Es española?

P. JOSÉ. Si tal,  
y esposa de un general  
que venía aquí á mandar;  
se queda en el mundo sola.

DIEGO. Uno mas en la familia.

P. JOSÉ. ¡Qué pronto el bien se concilia!

DIEGO. ¿Y cómo se llama?

P. JOSÉ. Lola.

DIEGO. (Estremecido). ¿Qué decis?

P. JOSÉ. ¡Qué agitacion!  
Se llama Lola os repito.

DIEGO. **Ahora te necesito,**  
no me ahogues, corazón.  
P. JOSE. ¿Será posible quizá  
que fuese...  
DIEGO. ¡Ah... si el destino  
la trajese á mi camino...  
Pronto, padre, ¿dónde está?

### ESCENA IX.

Entran por la puerta del jardín LOLA, lánguidamente apoyada  
en el brazo de CARLOS, y á su lado ELENA.

P. JOSE. **La teneis á vuestra vista.**

DIEGO. (Lanzándose á ella con toda la efusion de su alma.)  
**¡Lola, Lola!**

LOLA. (Al verle y al oír su voz lanza un grito agudo y cae  
sin sentido en los brazos de Carlos.)

**¡Ay!**

ELENA. (Azorada, yendo á arrojarse en los brazos del P. José.)  
**¡Virgen pura!**

**era un sueño mi ventura.**

CÁRLOS. (Estupefacto.) **¿Qué es esto?**

P. JOSE. (Recibiendo á Elena en sus brazos y levantando los  
ojos al cielo.)

**¡Dios nos asista!**

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

Al levantarse el telon aparece Elena sentada en el sillón de la derecha melancólica ; Carlos entrará respetuosamente hasta encontrarse cerca de ella.

### ESCENA PRIMERA.

CARLOS y ELENA.

- CÁRLOS. Estais pálida; abatida;  
decid, ¿qué teneis, Elena?
- ELENA. Carlos, no sabeis la pena  
que es querer sin ser querida.
- CÁRLOS. (Melancólico.) En efecto ha de ser grave
- ELENA. Carlos, estos sufrimientos  
encierran hondos tormentos  
que el hombre de mar no sabe:  
no ameis nunca os lo aconsejo,  
por las espinas que piso.
- CÁRLOS. Si amor me pide permiso,  
aprovecharé el consejo.
- ELENA. ¿Quién dijera, Dios eterno,  
que el breve plazo de un día  
à arrojarme bastaria  
del paraiso al infierno!
- CÁRLOS. Lo diria el que indeciso  
(Con violencia y concentracion.)  
ahogando su amor interno

se quedará en el infierno  
sin ver nunca el paraíso :  
y lo diría cualquiera  
que en el sufrimiento agudo  
devorar el dolor mudo  
como un mártir en la hoguera.

ELENA. Carlos, esa voz no cabe (Con viveza)  
sino en un hombre que ha amado.

CÁRLOS. (Procurando reponerse).  
No, Elena; ese es un tinglado  
que el hombre de mar no sabe.

ELENA. Sufro mucho; dadme ayuda

CÁRLOS. (Enternecido.) Elena, estais en error  
Don Diego es mi bienhechor  
y os ama, no tengais duda.

ELENA. No, Carlos; la dicha mia  
ha muerto con su pasion.

CÁRLOS. Señora, en su corazon  
no cabe una villanía:  
mas si del dolor al peso  
resistir no os fuese dado,  
en mí tendreis... un criado;  
no sirvo mas que para eso.

ELENA. (Ap.) ¡Pobre Carlos, cuán sincera  
su manera es de sentir!

CÁRLOS. Elena, voy á partir,  
porque ya la mar me espera:  
mañana larga distancia  
nos separará á los dos:  
¿querreis acordaros vos  
del amigo de la infancia?  
Cuanto en mi corazon cabe  
en tres objetos se encierra;  
mis afectos en la tierra  
sois vos, don Diego y mi nave,  
mi suerte será siniestra  
si sé que sois desgraciada;  
mas si sois afortunada  
mi dicha será la vuestra.

ELENA. Ah! Carlos, mis sufrimientos  
hallan en vos un sosten.  
El cielo os devuelva el bien.

que me hacen vuestros acentos.

CARLOS. Adios, señorita.

ELENA. Adios,

criatura generosa.

CARLOS. Dios protegerá á la esposa.

ELENA. Sólo puede hacerlo Dios.

(Cárls se va por la puerta del fondo y Elena por la primera de la derecha.)

## ESCENA II.

D. DIEGO.

sube pensativo del jardín y se para frente de la puerta de Lola que es la segunda de la derecha.

¡Ella es libre! cuando Elena  
está de los dos en medio.

¡libre! cuando no hay remedio:  
de romper esta cadena.

Libre y no me queda ahora  
ni donde exhalar mi queja...

yo creo que Dios me deja  
de su mano bienhechora.

No puedo vivir así,  
es demasiado penar

tenerse que dominar  
cuando un infierno hay aquí.

Termine este afan tan fiero:  
suceda lo que suceda,

huyamos adonde pueda  
decir siquiera, me muero.

(Se sienta á escribir.)

(Escribiendo.) No puedo hacerte feliz,

Elena mia...

(Se para, tira la pluma, y rasga el papel.)

Eso fuera

tener el corazon de fiera:

harto sufre la infeliz.

¿Y en donde encontrar abrigo

en tan agudo tormento,

que amor y remordimiento

no vayan juntos conmigo?

Imposible; no hay valor

para huir indiferente  
de un ángel, que solamente  
se sostiene de mi amor:  
Ella viene; me precisa  
dominar mi agitacion:  
mientras muere el corazon  
busquemos una sonrisa.

### ESCENA III.

DIEGO Y ELENA.

que sale de su habitacion llorosa.

DIEGO. ¿Por qué, lloras tú, mi bella?

ELENA. Porque en tu faz se retrata  
una pena que te mata,  
y yo soy la causa de ella.

DIEGO. (¡Pobre criatura!) ¿Qué pena  
me puedes tú acarrear  
si para sufrir y amar  
eres un ángel, Elena?

ELENA. Diego, la mujer que siente  
una pasion concentrada,  
cuando fija la mirada  
ve el corazon transparente.

DIEGO. ¿Qué vés?

ELENA. Una cicatriz  
que vuelve abrirse.

DIEGO. (¡Qué escucho!)

ELENA. Y veo que sufres mucho,  
y que yo te hago infeliz.

DIEGO. (Turbado y disimulando.)  
No tal: ¿qué quieres que yo haga  
para disipar tu error?

ELENA. Que me devuelvas tu amor,  
único bien que me halaga:  
(Con candor y pasion.)  
tengo tu fe en los altares:  
si comprendes lo que te amo,  
por compasion te reclamo  
lo mitad de tus pesares;  
cuando tengas de alegrías  
duices horas placenteras,

pártelas con quien tu quieras,  
mas tus lágrimas son mías.

DIEGO. (¡Dios mio!) Quizá obré mal  
cuando te hice mi esposa  
en no decirte una cosa  
que es mi tormento mortal.  
En mi juventud, querida,  
en España viví yo,  
y esta mujer absorbió  
toda la flor de mi vida:  
la amé con tal frenesí  
que la adoraba de hinojos:  
no viertan llanto tus ojos,  
no te conocía á tí;  
este mundo ruin, de lodo,  
debió ser para los dos  
un paraiso, mas Dios  
lo dispuso de otro modo.  
Una ausencia dilatada  
tres años me tuvo aquí,  
y cuando á Europa volví  
ella ya estaba casada.  
Entónces comprendí lo que era  
esta palabra *jamás*,  
y para no verla más  
puse la mar por barrera.  
Mas como no está el destino  
sácio aún de mi congoja,  
hoy el infierno la arroja  
en mitad de mi camino.

ELENA. No es ella por quien me asalta  
este llanto en que me anego:  
lo que á mi me mata es, Diego,  
tu corazón que me falta.

DIEGO. En el sentir y el amar,  
y eso, Elena, no te asombre,  
hay un misterio que el hombre  
nunca acertará á explicar.  
Dentro de su corazón  
siente cada uno en sí mismo  
la fuerza de un fatalismo  
que lucha con la razón:

es como una enfermedad  
que nuestro cuerpo atropella,  
que para librarnos de ella  
nos basta la voluntad:  
para recobrar la calma  
pediré á tu amor ayuda  
y el disipará sin duda  
esta enfermedad del alma.  
Respetá, pues, mis pesares  
con la fé en el corazón,  
y á ella... téñla compasión,  
también ha llorado á mares...

ELENA. Yo ceso de padecer

Si oigo tu voz cariñosa.

DIEGO. Bien. Hablemos de otra cosa  
¿cómo sigue esa mujer?

ELENA. La dejé ya levantada.

#### ESCENA IV.

DICHOS y el DOCTOR.

ELENA. Pero aquí sale el Doctor,  
que nos lo dirá mejor.  
¿Cómo está?

DOCTOR. Muy mejorada:  
pero ha menester reposo;  
pues su estado es delicado,  
y se halla muy excitado  
todo el sistema nervioso.

ELENA. Pero ese acceso de fiebre  
que le da en horas constantes..

DOCTOR. A merced de los calmantes  
procuraremos que quiebre,  
ese delirio, esos sustos  
que extravían su razón,  
restos todavía son  
de los pasados disgustos;  
cuando cese el frenesí  
de ese diurno accidente,  
será quizás conducente  
el alejarla de aquí.

Mas durante la accesion,  
cuidad con mucha blandura  
que ni una palabra dura  
hiera su imaginacion :  
por Dios, nada de rigor,  
mientras exceso no sea,  
no contrarieis su idea.

ELENA. ¿Y si da en llorar?

DOCTOR. Mejor.

Para curar su dolencia  
es necesario.

DIEGO. ¿Qué escucho?

DOCTOR. (Bajo á D. Diego.)

(Don Diego, conviene mucho  
que evite vuestra presencia.)

Si pudierais alejarla,  
fuera lo mas acertado ;  
no le conviene en su estado  
nada que puede excitarla.

ELENA. Sí, pero yo no podre  
permitir que tal cual se halla...

DOCTOR. Descuidad de esa batalla  
cuidará el padre José,  
que él sabe mejor que yo  
como se ha de gobernar ;  
conque así, dejadle obrar..

DIEGO. (Ap.) Voy perderla... eso no.

DOCTOR. Con vuestro permiso, pues,  
veré á los demás ahora.

ELENA. Cuidadles mucho.

DOCTOR. Señora,  
así lo haré : á vuestros piés. (Vase.)

## ESCENA V.

DIEGO y ELENA.

Elena, acercándose á Diego, que ha quedado profundamente  
abismado en el sillón.

ELENA. Diego, te abrumba un pesar  
y has menester un amigo:  
¿por qué no lloras conmigo?

DIEGO. (Friamente.) Porque... no puedo llorar.

ELENA. (Ap.) Dios mío! ¿qué he hecho yo :  
para castigarme así?

## ESCENA VI.

DICHOS y el P. JOSE.

que sale apresuradamente del cuarto de Lola.

P. JOSÉ. Pronto, pronto idos de aquí.

DIEGO. ¿Qué ocurre?

P. JOSÉ. El delirio entró  
con tal fuerza, que aunque luchó  
para dominar su estado,  
temo no me sea dado  
poderlo alcanzar.

DIEGO. ¡Qué escucho!

P. JOSE. Abrasada su frente arde  
por la voraz calentura;  
me horroriza su locura.

ELENA. (Azorada.) Vámonos, Diego,

P. JOSE. Ya es tarde.

## ESCENA VI.

DICHOS y LOLA.

que en estado completo de enagenacion, se precipita á Diego,  
como si estuviese perseguida por una vision.

LOLA. Ampárame por Dios. ¡Ay! te buscaba,  
no te separes de la vista mía,  
pues se me figuraba  
que la sombra del muerto me seguía.  
(Fijando los ojos en la direccion por donde ha venido.)  
Mirale hácia aquí su planta nueva;  
(Con desesperacion.)  
dí que ser tuya solamente puedo :  
le ves... á aproximarse no se atreve...  
se va... te tiene miedo.  
(Pasando sus manos por la frente.)  
(Con fatiga) Que congojosas son estas visiones  
no sé por qué van á turbar los lazos

de dos enamorados corazones...  
¡Diego, que inmensa dicha hay en tus brazos!

(Mirándole atentamente con cariño.)  
¿qué tienes? tu semblante está sombrío...  
destierra esa tristeza, que me dañas;  
no sabes, Diego mio,  
que tú eres el amor de mis entrañas?

(Bajo.) No te separes nunca de tu Lola.  
Esa turba de espíritus que vuelan,  
cuando me encuentran sola,  
me cuentas unas cosas que me hielan.

(Con tierna melancolía.)  
Des que dejó mi cama abandonada  
de mi padre la sombra bienhechora,  
siempre esconden debajo la almohada  
alguna pesadilla aterradorá.

Al ver que llora de congoja llena,  
estremecen mi cuerpo y mis sentidos,  
tirando un cañonazo que resuena  
como un eco de muerte en mis oídos;

(Con vaguedad.)  
Y se van al jardín, tronchan las flores  
que había yo dejado preparadas  
para corona virginal de amores,  
y deján... rosas blancas ya marchitadas...

(Con amargura.)  
La rosa blanca es una flor tan triste  
hay en su palidez tanta amargura,  
que la mano á tocarla se resiste;  
me parece una flor de sepultura,  
y luego fingen una voz doliente  
que viene á fatigarme la memoria,

(Procurando recordar.)  
escribiendo en mi frente  
de... yo no sé que naufrago la historia  
(Como recordando de repente).

Ya me acuerdo: de una alma enamorada  
que ántes de hundirse en las amargas olas,  
volvía cariñosa la mirada  
á las risueñas playas españolas.

(Parando atención.)  
¿Oyes, Diego, esa voz tan candorosa?

es la esperanza que en acento suave  
promete convertirme en mariposa  
para seguir el rumbo de una nave.  
De todas las visiones, sólo esa  
no viene á henchirme de terror el pecho.

(Con cariñosa candidez.)

¿Crees tú que me cumpla su promesa?  
¿Verdad que si me engaña está mal hecho?  
porque á veces me empuja un torbellino

(En creciente desórden.)

y me hace andar sin ver que estoy cansada,  
y si pido reposo en el camino  
me dice que hasta fin de la jornada :

y cruzamos un valle pedregoso  
y arenales tostados por el fuego,  
y al fin me dice que hallaré reposo,

(Con fatiga.)

y camino... y camino... y nunca llego.  
Crucé una inmensa tierra, en que las flores  
en lugar de rocío tienen llanto :  
¡cuántos son del mundo los dolores!  
nunca heí que se llorara tanto.

(Diego seca una lágrima que se le cae.)

¿Me vas á hacer llorar tambien ahora?  
¿qué oculto afán tu corazón esconde?

(Repara en Elena y coge la mano de Diego.)

Ves, Diego, allí hay otra mujer que llora;  
¿quién es? la he visto y no recuerdo dónde.

(Llamándola.)

Venid: (A Diego.) llámala tú; vacila. vamos,  
se figura quizás que tengo celos;

(Con melancólica sonrisa.)

no sabe que nosotros nos amamos  
con el amor tranquilo de los cielos.

(Mirando á Elena.)

¡Qué semblante tan lánguido y tan tierno!  
parece un ángel que al Señor invoca.

(Acercándose á Elena.)

Venid; (Al acercarse Elena va retrocediendo Lola  
despavorida, frotándose su frente con desesperacion)

ES .. CS..

Dando un grito agudo. ¡Elena, Dios eterno,

(Con desesperacion.)

¡no quiero la razon! vol... ved... me loca.

(Cae sin sentido en brazos del P. José, que la sienta en el sillón contiguo á la mesa de la derecha.)

P. JOSÉ. (Cogiendo á Diego y á Elena.)

Idos por Dios, idos presto,

antes que vuelva ella en sí;

fiad su reposo en mí :

la religion hará el resto.

## ESCENA VII.

EL P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Dios mío, haz que en mí se note  
de tu apóstol la eficacia,  
y no retires tu gracia  
del labio del sacerdote.

(Toma la Biblia, que deja abierta en la mesa al lado de Lola: coge un pomo de esencia, y al dar señal de volver en sí, se retira tres pasos detras del sillón. Lola abatida pasa la mano por la frente, sin ver á nadie á su alrededor.)

LOLA. Lazada de amor estrecha,  
bella esperanza soñada,  
como una arista tronchada,  
como una nube deshecha,  
¿por qué en la tierra desierta  
me dejas llorar cautiva?  
¿quién sostendrá el alma viva,  
si está la esperanza muerta?

(Al ir á dejar caer la cabeza sobre la mesa repara en el libro abierto, y cogiéndole maquinalmente, lee

«En sus quebrantos acuda  
»el alma justa al Señor;  
»él infundirá valor,  
»su aliento le dará ayuda.  
»El soberbio, satisfecho  
»con la soberbia en que vive,  
»recuerda el mal que recibe  
»y olvida el mal que él ha hecho.»

Suelta el libro conmovida y levantando los ojos al cielo.!

Dios mio, justo es tu azote,  
el castigo mereci.

¿Quién pondria el libro aqui?

P. JOSE. (Avanzando.) Este humilde sacerdote...

LOLA. Grandes verdades revela

P. JOSE. Por cualquier parte que se abra  
se encuentra en cada palabra  
algo grande que consuela.

LOLA. ¡Consuelo! no le hay aqui!  
sin esperanza en mañana.

P. JOSE. Señora, un alma cristiana  
nunca debe hablar así :  
si de Dios en la balanza  
vuestra alma no está en el fiel,  
levantad los ojos á él,  
y no os faltará esperanza.  
Veamos cuando abrumada  
os encontráis de sufrir,  
¿En qué pensáis?

LOLA. En morir.

P. JOSÉ. ¿Y qué veis en torno?

LOLA. Nada.

P. JOSE. Vuestro lenguaje me enseña  
que Diego os conoce mal,  
os cree un alma colosal  
y en la lucha sois pequeña.

LOLA. (Herida.) Padre, si con un compás  
se midieran los tormentos,  
conocierais sufrimientos  
que no conocéis quiza.

P. JOSE. Hija, no teneis razon  
no quiera el egoismo alevé  
que de mis canas la nieve  
baje nunca al corazon ;  
setenta años de existencia  
consolando á mis hermanos,  
en los tormentos humanos  
me han dado alguna experiencia  
y cuando Dios me depara  
una herida cuál la vuestra

pongo otra herida por muestra,  
y digo : mira y compara,  
LOLA. Si mi herida comprendeis,  
decidme, ¿hay quien lo resista?  
P. JOSE. Si : teneis otra á la vista,  
y no obstante no la veis,  
un virtuoso corazon  
dentro de esta casa mora,  
que no ha sentido, señora,  
mas que una sola pasion :  
jamás ha Dios ha pedido  
bienes de fortuna ni oro ;  
no ha anhelado mas tesoro  
que el amor de su marido ;  
é impelida siempre al bien  
por un pecho puro y santo,  
nunca ha visto correr llanto  
sin que llorara tambien.  
Sucedió que una mañana  
acogió á una mujer bella,  
que encontró en los brazos de ella  
todo el amor de una hermana:  
y al fijar la vista en vos  
sin cuidar su bienestar,  
exclamó la he de amparar,  
lo manda la ley de Dios.  
Pues bien, des que aquella dama  
pisó esta casa, señora,  
la infeliz esposa llora,  
porque su esposo no la ama ;  
y si hoy el solo es adusto  
é indiferente á su amor,  
es que le falta valor  
para ser del todo injusto.  
Otra cualquiera criatura  
menos angelical que ella,  
maldeciria su estrella  
y á quien causa su ternura ;  
pero la infeliz solloza,  
y el propio dolor venciendo,  
se vuelve á su Dios, lamiendo  
la mano que la destroza:

porque hay allí un corazón  
creyente que espera y ruega,  
y lo que el mundo le niega  
lo busca en la religión.

- LOLA. (Anonadada).  
Ruégoos que de cualquier modo  
pronto de aquí me saqueis.
- P. JOSE. ¿Y lo que os digo, lo hareis?
- LOLA. Méenos olvidarle, todo.
- P. JOSE. ¿Y por qué olvidarla no?
- LOLA. Porque lo ofreceria en vano;  
ved que eso no está en mi mano,  
mi amor puede mas que yo.
- P. JOSE. Lola, para remediar  
el mal os debeis volver  
á Europa.
- LOLA. (Desfallecida.) No puede ser,  
me moriría en el mar.  
(Con expresion.)  
Tengo el alma desgarrada,  
mi amargo llanto no veis?  
(Llora.) ¡por piedad, no me obligueis  
á morir desesperada!
- P. JOSE. Desventurada criatura,  
¿cuál es, pues, vuestra intencion?
- LOLA. (Con ansiedad.) Buscar cualquiera rincon  
donde encuentre sepultura:  
llevadme pronto, enseguida,  
á un claustro, padre, á un desierto  
donde sepais que hallen puerto  
las borrascas de mi vida.
- P. JOSE. (Atónito.) ¿Y tendreis resolucion?
- LOLA. (Con entereza.)  
Irrevocable, os lo juro.
- P. JOSE. Ved que este paso es muy duro.
- LOLA. Dios me dará el galardón;  
y al ménos allí el Señor  
ampará mi orfandad,  
y encontraré su piedad  
cuando me mate el dolor.
- P. JOSE. (Enternecido).  
Confíad en él, señora,

que en su precepto sagrado  
dice: bienaventurado  
aquel que en la tierra llora:  
su santa gracia os inspira,  
él sostendrá vuestra fe.

LOLA. (Ap. con desfallecida resignacion.  
y al menos respiraré  
el mismo aire que él respira.)

P. JOSE. Partamos, hija, los dos:  
la paz de Dios mereceis.

LOLA. ¿Y á salir me obligareis  
sin darle el último adios?

P. JOSE. ¿Para qué, hija? Si sincera  
es vuestra resolucion,  
vais á aumentar su afliccion.

LOLA. Será por la vez postrera.  
No temais que por la boca  
salga el fuego de esta pira;  
el amor que ese hombre inspira  
engrandece cuanto toca.

(Vase el P. José por la puerta de la izquierda por donde se ha ido Diego.)

### ESCENA VIII.

LOLA sola.

Valor, corazon, valor,  
que tu rumbo no se tuerza;  
salga un exceso de fuerza  
del exceso del dolor.

### ESCENA IX.

LOLA y DIEGO.

pálido como un hombre gastado por el sufrimiento.

LOLA. (Fijando la vista en Diego, y procurando dominar su  
propia emocion con cariñosa languidez.)  
Diego, yo os hice llamar  
porque... me alejo de vos;  
el buen ministro de Dios

guia mi planta al altar.

DIEGO. (Con nerviosa energia.)  
¿Y podréis dejarme así?

LOLA. No estorbéis esa partida:  
ved que no hay otra salida.  
digna de vos y de mí.

DIEGO. (Con doloroso escepticismo.)  
Nuestras almas peregrinas  
que el amor habia unido.  
Lola, ¿qué habrá recogido?

LOLA. Nada; nada mas que espinas.  
Désgarradora es la senda;  
pero en la tribulacion  
dando á Dios mi corazon  
será digna de él la ofrenda.

(Con afectuosa expresion.)

Y hasta que en el ataud  
hunda mi cuerpo el dolor,  
yo os conservaré este amor  
digno de vuestra virtud.

DIEGO. (Con desesperada sonrisa.)  
Callad: mi virtud es vana,  
porque vacila mi fé,  
y ya ni yo mismo sé  
que será de mi mañana.  
Ay, Lola, me vuelvo loco, (Con pasion.)  
y en esta lucha homicida  
dejo á pedazos la vida.

LOLA. Valor, que ya falta poco.  
Apuremos como buenos  
esta senda de tortura,  
ya que no sin amargura,  
sin remordimiento al menos,

(Breve pausa.)

Lancemos Diego, la postrer mirada  
sobre el verjel de la pasada vida,  
pues podemos aún immaculada  
alzar la frente al cielo en la partida;  
de hiel lágrimas tristes hoy derrama  
el alma dolorida y sin consuelo;  
sólo uno queda, y es que nuestra llama  
fué digna de los ángeles del cielo

Valor, que al cabo la jornada es breve.

(Llorando.)

En la bondad de Dios, Diego, esperemos;  
y aunque hoy en ambos el dolor se cebe,  
al fin de la jornada nos veremos.

(Diego se seca las lágrimas y Lola las suyas.)

¿Vendrá aquí Elena si la llamo ahora?

DIEGO. Nunca á su corazón se llama en vano;

(Acercándose á la puerta.)

Elena, ven.

## ESCENA X.

DICHOS, ELENA y el P. JOSÉ.

ELENA. ¿Qué quieres?

DIEGO. La señora  
quiere el consuelo de estrechar tu mano.

LOLA. (Dirigiéndose á Elena.)

Deseaba pedirnos un abrazo.

(Diego se deja caer en un sillón de la derecha. Con  
explosión de llanto.)

¿Quereis dármelo, Elena?

ELENA. (Fijándose en la sufrida cara de Lola, y con candoro-  
sa expansión.)

A Dios pluguiera  
que cual es de cariño estrecho lazo,  
de dicha para vos bálsamo fuera.

(La abraza y besa.)

LOLA. ¿Me otorgará una gracia vuestro pecho?

ELENA. ¿Qué quereis?

LOLA. Prometedme, hermana mía,  
ser la postrera amiga de mi lecho  
cuándo llegue mi hora de agonía.

ELENA. ¿Y si en el triste caminal de abrojos  
me alcanza antes que á vos la hora postrera?

LOLA. No; que aun verán serenos vuestros ojos  
lozana renacer la primavera.

¿Venir me asegurais?

ELENA. Os lo aseguro.

LOLA. Me moriría triste y solitaria.  
y en vuestro llanto hay un dolor tan puro,

que si mi fe vacila en la plegaria,  
vuestra virtud me servirá de ejemplo.

P. JOSE. (Cogiéndola enternecida.)

Vamos, hermana, á recobrar la calma;  
bajo la santa bóveda del templo,  
pediremos á Dios la paz del alma.

(Váse Lola lentamente, apoyada en él, enjugando sus lágrimas; Diego la sigue con los ojos, debiendo procurarse que antes de llegar á la puerta haya lugar para los tres siguientes versos de Elena.)

ELENA. (Mirando á Lola.)

En los rudos embates del destino  
la mano del Señor calme tu pena  
y borde de azucenas tu camino.

(Al llegar Lola á la puerta de la salida, se quita el pañuelo de los ojos para mirar lánguidamente á Diego, y desaparece. Al recibir Diego esa mirada, se levanta desencajado del sillón, y al advertirlo Elena, se precipita á él sujetándolo en sus brazos.)

Diego, Diego, por Dios.

(El primer movimiento de Diego es para desasirse de cuanto le sujeta, pero al fijar los ojos en la sufrida fisonomía de Elena, vuelve á caer aplomado en el sillón con la vista vaga y la voz apagada.)

DIEGO.

No es nada, Elena.

(Elena alza los ojos al cielo y se echa á llorar.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

## EPILOGO.

---

Humilde celda de una monja: alcoba con las cortinas caídas: reclinatorio con libros; puerta de salida á la izquierda, etc. Al levantarse el telon estará la comunidad arrodillada orando con el libro en la mano.

## ESCENA PRIMERA.

Se levanta la ABADESA, y las monjas la rodean.

ABADESA. Hermananas mías, de virtud modelo  
va al fin á conseguir dias mejores,  
á Dios tendiendo su sereno vuelo,  
Sor Maria Dolores.  
El alma ya luchando se despega  
del frio engaste del carnal ropaje,  
el peregrino fatigado llega  
al fin de su viaje.  
Roguemos, pues, que en sus postreras horas  
para alcanzar el cielo que la aguarda,  
la ampare con sus alas protectoras  
el Angel de la Guarda.  
La santa antorcha de la fe cristiana  
alumbre su alma en su postrera via ;  
y mientras va doblando la campana

el toque de agonía,  
vamos al templo á alzar la pura ofrenda  
del alma recogida y solitaria,  
y envuelta en el incienso á Dios ascienda  
la voz de la plegaria.

## ESCENA II.

EL P. JOSÉ y el DOCTOR, saliendo de la alcoba.

- P. JOSÉ. Si pudiese hallarsè medio  
de calmar su agitacion!
- DOCTOR. Lesiones del corazon,  
padre, no tienen remedio.  
Su agonía será corta,  
pues se advierte de contado  
que palpita dilatado.  
el cayado de la aorta:  
de la sangre el movimiento  
se percibe al simple oido,  
turbacion en el latido...  
acongojado el aliento...
- P. JOSÉ. Y bien, ¿qué podria hacerse?
- DOCTOR. Poco ó nada: es cosa seria  
un aneurisma en la arteria  
que está próxima á romperse.
- P. JOSÉ. No la abandoneis, Doctor.
- DOCTOR. Se encuentra tan delicada;  
si no, en un sillón sentada  
respiraria mejor,  
y esa alcoba es tan caliente  
y un vaho pesado exhala...  
que la saquen á esta sala,  
donde es más puro el ambiente,
- P. JOSÉ. Vos que teneis experiencia  
de lo que la ciencia alcanza,  
¿no abrigais una esperanza  
de conservar su existencia?
- DOCTOR. De mi ciencia las nociones  
las he estudiado completas,  
y he aprendido á hacer recetas  
pero no á hacer corazones;

y aun así en edad madura  
el triste saber se adquiere  
de qué mal uno se muere,  
pero no cómo se cura...

P. JOSÉ. Vuestra sentencia me aterra.

DOCTOR. Lo siento, padre, por vos,  
mas si no viene de Dios  
no hallo remedio en la tierra ;  
si otro desmayo la asalta  
la dareis éter á oler.

P. JOSÉ. ¿Nada más queda que hacer?

DOCTOR. Nada más.

P. JOSÉ. Lo haré sin falta.

DOCTOR. (Sacando el reloj.)

Me he de ir, á vos la fio,

P. JOSÉ. Volved pronto.

DOCTOR. Si por cierto,  
pero á mi vuelta os advierto  
que hallaré el cadáver frío. (Vase.)

El P. José se acerca á la puerta: entran cuatro mon-  
jas, que sacan de la alcoba á Lola desmayada en un  
sillon, y al estar en la escena les señala que se retiren

### ESCENA III.

EL P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Eterno Dios, que de tu inmensa altura  
tiendes una mirada cariñosa  
á la pobre criatura  
cuyo despojo va á cubrir la losa,  
cuando se rompan los vitales lazos  
con bien, Señor, á tu presencia arriba,  
y abriéndole tus brazos  
en tu misericordia la recibe.

Toma un frasquito de éter y lo hace oler á Lola, que  
hace un pequeño estremecimiento y abre los ojos ;

Se vuelve á reanimar ;  
animacion pasajera!  
es la ráfaga postrera

de una luz que va á espirar :  
creed y esperad, hermana,  
que Dios os va á recibir  
(Se oye el lejano y grave tañido de una campana.)

LOLA. Padre, ¿qué quiere decir  
el toque de esa campana?

P. JOSE. (Con gravedad.)  
Es, hermana, un signo externo  
con que el creyente ha marcado  
el toque de un desterrado  
que llama al hogar paterno.  
Es la voz de la oracion  
con que á los fieles se avisa,  
que hay un alma que divisa  
las palmeras de Sion.

LOLA. ¡Y cuánto tardo en llegar!  
Hacedme oir vuestro acento,  
y hasta mi postrer momento,  
ayudadme, padre, á orar.

P. JOSE. En esta augusta ocasion  
consuela mi alma angustiada  
el ver en vuestra mirada  
tan santa resignacion.  
(Con mística ternura.)  
El cielo rompe los lazos  
de nuestra mortal fatiga,  
y la muerte es una amiga  
que nos aduerme en sus brazos:  
y el alma en fe sumergida  
tranquila espera á Dios bueno,  
que viene á rasgar de lleno  
el misterio de la vida.  
«Visteis del mar la braveza (1)  
»cuando del viento azotada  
»trae impreso en su oleada  
»el sello de su grandeza?  
»¿Aeimismo visteis vos

---

(1) Los versos virgulados se pueden atajar en la representación.

» los humanos corazones  
» que en sus inmensas pasiones  
» traen el sello de Dios.  
» ¿Creéis que puede apagar  
» el silencio de la tumba  
» ese *mas allá* que zumba  
» cual eco vago en el mar?  
» No, hija, se queda el duelo  
» del cuerpo en la muda calma,  
» pues tiene un aliento el alma  
» que ha menester el cielo.»  
Tened confianza en Dios.

LOLA. Sí tengo; que esta pasión  
ha abierto en mi corazón  
fuentes de fe y de esperanza:  
cuando la materia inerte  
se vaya enfriando en mí,  
aún siento, padre, algo aquí  
que no puede helar la muerte:  
un más allá que se encierra  
en mi manera de amar,  
que no lo llegó á alcanzar  
el polvo vil de la tierra;  
« porque el amor leve y ruin  
» que en la materia germina  
» con la existencia termina,  
» y mi amor no tiene fin.»  
Y estrecho en la cavidad  
de mi mortal corazón,  
pidiendo está la expansión  
del cielo y la eternidad.

P. JOSE. Dios os quiso destinar  
para luchar y vencer.

LOLA. Padre, le quisiera ver,  
porque voy pronto á espirar.

P. JOSE. Procurad, hija, extinguir  
esa mundanal idea.

LOLA. Dejad que una vez le vea  
la mujer que va á morir.

P. JOSE. Pensad, hija, en vuestro estado.

LOLA. Endulzará mi agonía.

P. JOSE. ¿Tanto le amais todavía?

- LOLA. (Con certeza.)  
Como nunca le haya amado :  
cuando en el religioso anhelo  
ruego á Dios, pienso en ese hombre,  
y veo escrito su nombre  
sobre las puertas del cielo.
- P. JOSÉ. Refrenad ese deseo  
y ofrecedlo al Criador,  
que es el principio de amor,  
y creed en él.
- LOLA. (Alzando los ojos al cielo.) Yo creo.
- P. JOSÉ. En vuestro lance postrero  
su santa ayuda implorad,  
y esperad en su bondad  
que os dará el cielo.
- LOLA. Yo espero.

#### ESCENA IV.

DICHOS y la PORTERA, dirigiéndose al P. JOSÉ

- PORT. De negro velo cubierta,  
una dama principal  
por sor María Dolores  
acaba de preguntar.
- P. JOSÉ. ¿No le habeis dicho su estado?
- PORT. La hemos informado ya,  
y pide con grande empeño  
que se la permita entrar.
- P. JOSÉ. ¿Ha dicho cómo se llama?
- PORT. Elena de Carvajal.
- LOLA. Dejadla entrar, padre mio.
- P. JOSÉ. (A la Portera.)  
Decid que puede pasar.  
(Váse la portera.)

#### ESCENA V.

DICHOS y ELENA.

que entra despues de los entra primeros versos.

P. JOSÉ. Hija, procurad tener

- el corazon bien contrito.
- LOLA. Padre mio, necesito  
el perdon de esa mujer.
- ELENA. Lola, Lola, amiga mia.  
(Ap.) ¡Eterno Dios, en qué estado!
- P. JOSÉ. (A Elena.) No la agiteis demasiado,  
porque se halla en la agonía.
- LOLA. «Amiga, aunque os cause pena  
»la angustia de un moribundo,  
»á la que se va del mundo  
»Tendedle la diestra, Elena.»  
(Tendiéndola la diestra.)  
De vuestro buen corazon  
turbe la paz y la calma:  
le amaba con toda el alma;  
perdon, Elena, perdon.  
Solo Dios que nos escucha  
sabe el amor que hay en mí;  
mientras pude, combati,  
y veis el fin de esta lucha:  
yo domé mi voluntad,  
mas el humano albedrio  
puede guiar el navio,  
pero no la tempestad.
- ELENA. Hermoso y cándido lirio  
que marchitó el padecer,  
id al cielo á recoger  
la corona del martirio;  
y endulce vuestra agonía,  
como prenda de perdon,  
esta, de mi corazon,  
ferviente lágrima mia.
- LOLA. Elena, de mi conciencia  
un peso me habeis quitado.  
y esa lágrima ha borrado  
las culpas de mi existencia.  
¿Y él?
- ELENA. Al saber vuestro estado,  
á fin de poderos ver,  
se fué corriendo á obtener  
un permiso del prelado  
para entrar.

- LOLA. Al cielo plegue.
- ELENA. Si, Lola, vendrá volando.
- LOLA. Mi vida se va apagando.  
Será tarde cuando llegue.  
«Antes de morir quisiera  
oír su acento de amor.  
»El fué la primera flor  
»de mi hermosa primavera,  
»de mi vida el primer paso;  
»yo la aspiré blanca y pura:  
»¡qué triste es hoy su hermosura  
»mirada desde el ocaso!
- P. JOSE. »Hija, esa flor vivirá  
»en el verjel del eden.
- LOLA. »Si, padre, si; hacedme bien:  
»habladme de un más allá.»  
(A Elena.) Por lo que por él sufrí,  
á vos que su amor teneis.  
os suplico que le ameis  
por vos, Elena, y por mí.  
«Y si el alma desprendida  
»puede volar desde el cielo  
»á dar un leve consuelo  
»á los que amamos en vida,  
»en las horas de quebranto  
»yo volaré dulcemente  
»en torno de vuestra frente  
»para secar vuestro llanto.»  
(Ligero estremecimiento.)  
Cubre... mis ojos... un velo.  
(Con voz apagada.)  
Padre... vuestra bendicion
- P. JOSE. (Con conmocion y solemnidad,)  
¡Del sacerdote el perdon  
te abra las puertas del cielo!

(Queda Lola un momento en esterior, y al oír la voz de Diego desde fuera hace un violento esfuerzo para detener su último aliento, cayendo cadáver en la silla: Elena de rodillas teniendo su mano izquierda y el P. José la derecha.)

- DIEGO. (Desde afuera.)  
Es del prelado el permiso;

he de entrar.

PORTERA.

Está vedado.

DIEGO. Hacedos, hermana, á un lado.

## ESCENA VI.

DICHOS, DIEGO

y cuatro monjas, que se colocarán junto al cadáver.

DIEGO. (Entrando con desesperada ansiedad.)

Lola!

P. JOSE. Está en el paraiso.

DIEGO. (Mirándola con ojos desencajados.)

¡Ahl... (Pausa.)

P. JOSÉ. (Con marcada conmocion.)

Hijo delante de Dios,  
gozando de gloria está,  
y vos olvidais que acá  
otro ángel llora por vos,  
(Señalando á Elena.)  
á que una vida de hiel  
vuestro dolor la condena.

ELENA. (Levantando los ojos al cielo.)

Dios mio, doblad mi pena,  
pero que no sufra él.

DIEGO. (Mirándola y aparte.)

¡Elena!.. ¡Cuánto sufrir  
en aquel llanto se encierra!

(Con amargura y resignacion.)

Corazon, hay en la tierra  
deudas santas que cumplir.

(El P. José levanta á Elena y la acerca á Diego.)

ELENA. (Llorando.)

Si te pesan ya los lazos  
de mi amor, yo iré á buscar  
un claustro dónde llorar.

DIEGO. (Diego un tanto conmovido.)

Ven, ángel, llora en mis brazos.

ELENA. (Con arrobamiento.)

¡Oh, gracias, gracias, Señor!

DIEGO. Seca el llanto.

ELENA. Es de placer ;

(Con expansion de lágrimas.)  
porque hay en mi seno un ser  
que necesita tu amor.

DIEGO. (Estremecido.)

Elena, Elena, Dios santo,  
gracias por tu compasion,  
que á un herido corazon  
abres las fuentes del llanto,

P. JOSE. Lo veis? el dolor humano  
Dios con tierno llanto borra;  
hijos, venid, y que corra  
sobre el pecho de este anciano:  
vuelva la calma á los dos  
con tan ruda tempestad.

ELENA. ¡Bendita vuestra bondad!

P. JOSE. ¡Bendito el nombre de Dios!

(Se oyen en lejano término las confusas armonias del  
órgano mientras cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

